



MADRE TRINIDAD

ESCRITOS 5

ESCLAVAS DE LA SANTISIMA EUCARISTIA

M. TRINIDAD DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA
Fundadora del Instituto de las Esclavas de la
Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios

ESCRITOS

5

(Cuadernos 10,11,12 y 14)

Edición preparada por Crescencio Palomo Iglesias, O.P.

Edita: Postulación de la Causa de
M. Trinidad del Purísimo Corazón de María
c/ Bueso Pineda, 21 - 28043 MADRID
1996

NIHIL OBSTAT
P. Carlos Lledó, O.P.

IMPRIMATUR
Ilmo. Sr. D. Joaquín Inieta
Vicario General
Madrid, 19 de enero de 1996

Impreso en los talleres
de Orinoco Artes Gráficas, S.L.
Telfs. 675 14 33 -675 17 98



M. TRINIDAD DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA
Fundadora del Instituto de la Esclavas de la
Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios



INTRODUCCIÓN

En este quinto tomo de los Escritos de la M. Trinidad Carreras Hitos se publican cuatro de sus cuadernos que llevan en el archivo de la M. Trinidad la numeración 10, 11, 12 y 14. El hecho de saltar el 13 es debido a que se publicó en el tomo anterior debido a la relación que tiene con el cuaderno número 9, según se dejó indicado allí.

El cuaderno décimo está escrito entre los años 1943 al 1947. Comienza con una súplica o plegaria a la Santísima Trinidad fechada en Roma en la Pascua de Resurrección de 1943. Siguen seis cartas fechadas en Lisboa, Roma y Madrid. En Lisboa escribe estando enferma en el hospital y pensando está próxima su muerte; lo hace despidiéndose de sus religiosas, y por ello viene a ser como un testamento espiritual. Estando en Roma por asuntos relacionado con su Instituto, escribe planteándose el problema que le viene preocupando, esto es, si la vida de sus religiosas ha de ser contemplativa o activa, y opta por una vida mixta, dando preferencia a la contemplación como base o fundamento indispensable para la actividad en el apostolado.

El cuaderno undécimo está compuesto por nueve cartas dirigidas a su tía, la madre Mercedes, que es la abadesa del convento de San Antón de Granada. Están fechadas entre los años 1925 y 1926. Le sigue unas notas sobre la juniorado y la tercera aprobación del Instituto, fechadas en el año 1943.

El cuaderno duodécimo no es propiamente un cuaderno sino un conjunto de materiales procedente de distintas partes y de formato

desigual: hay hojas arrancadas de cuadernos, cuartillas grapadas, hojas sueltas. Entre estas se encuentra el final de una carta, y también copia de unos textos de la vida de san Francisco y de una poesía de san Juan de la Cruz.

El contenido de este cuaderno está relacionado, en su mayor parte, con su vida, su cuenta de conciencia, que según se desprende de texto, lo hacía por obediencia y también por obediencia destruyó muchos de estos escritos de su cuenta espiritual. Así escribe datos de su familia y de su infancia, de su estancia en San Antón y otras reflexiones y experiencia. Parte de estos escritos están fechados en Chauchina año 1926 y 1928; los demás son posteriores, siendo uno fechado el año 1942, y los demás deben girar en torno a esta última fecha

El cuaderno decimocuarto gira entorno a la aprobación de las Constituciones el 31 de octubre de 1942. Pare que está escrito en el año 1943; al menos dos últimos apartados está fechados en este año.

La M. Trinidad parece querer explicar a sus religiosas el sentido de la aprobación de las Constituciones, que le da una solidez a la fundación por la que estuvo luchando durante toda su vida.. Comienza con invocación a la Santísima Virgen, para seguir después explicando el fin del Instituto y el fin de la vocación y del espíritu de la Constituciones. Hace un recuento de los pasos dados hasta llegar al momento de la aprobación e invita a sus religiosas a una vida de obediencia y de amor fraterno.

CUADERNO DÉCIMO

SÚPLICA A LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Roma, Pascua de Resurrección año 1943

¡Oh Trinidad beatísima! Padre, Hijo y Espíritu Santo, a quien como Dios altísimo y bondad absoluta os consagro esta Congregación de almas eucarísticas que han comenzado su apostolado bajo el amparo y protección del Corazón Inmaculado de María Santísima, vuestra Inmaculada hija, la elegisteis por Madre de la segunda persona, del Verbo, vuestro divino Hijo, que nos la dio por madre nuestra y Reina de cielos y tierra. Tú, Padre santo, te miras en el Verbo desde la eternidad, imagen perfecta tuya. El Verbo queda extático al contemplar tu belleza y del éxtasis de los dos, surge el Espíritu Santo como un volcán de amor y encarna en el seno de una Virgen el Verbo divino, y con su *Fiat celestial*, queda Madre de Dios y de los hombres, Reina y Señora de cielos y tierra, la humildísima e Inmaculada Virgen María.

¡Oh santísima Trinidad! Tú eres la única vida interior perfecta y superabundante e infinita, porque sois la bondad sin límites que deseas difundir tu vida íntima en las almas de esta Congregación, que al llamamiento de tu voz divina sintieron las almas y al eco de vuestro interior llamamiento, rindiéronse, adorándoos en la persona del Verbo Encarnado en la sagrada Eucaristía, haciéndose hostias con la divina Hostia en reparación y amor, en desagravio de los que no os conocen ni aman. Y esta pequeña nada, que quiso ser vuestra víctima de reparación y amor al conjuro de tu voz, sale esta obra de la nada y cogida en las manos purísimas de la Madre del Verbo

divino, María Santísima, como madre nuestra, os la ofreció a vos, Trinidad beatísima, proclamando tus perfecciones y misericordias en darnos la Eucaristía por vida y alimento de nuestras almas, cantándoos himnos de gloria y acciones de gracias.

Así, merced al Espíritu de amor, hará de este barro amasado por tus manos, podrá ser deificado y tener parte en tu Bienaventuranza.

¡Oh dulcísimo Salvador, divino Jesús, “Dios con nosotros”! Tú entregas a tus apóstoles el Evangelio, tu Cruz y la Eucaristía, enviándoos a engendrar hijos de adopción para tu Padre.

¡Oh Espíritu divino, Espíritu de luz! Graba con caracteres indelebles el ardor que comunicasteis y transformó aquellos hombres dichosos que se congregaron en el Cenáculo bajo la eficaz protección de nuestra madre María Santísima, como maestra de esta Congregación que la recibió (como san Juan cuando la confió madre de los hombres) como madre y maestra. que nos enseñe que tú eres el principio soberano y Jesucristo la fuente.

¡Oh Espíritu de caridad infinita! Provoca en nuestras almas y corazones, presentes y futuros, una sed ardiente de vida interior, que tus suaves y poderosos efluvios penetren en nuestros corazones y voluntades, haciéndonos sentir que aún en este mundo no hay verdadera felicidad si no en esa vida interior, imitación y participación de la tuya, y del Corazón de Jesucristo divino modelo, en el seno del Padre de todas las misericordias y de todas las finezas de amor terreno y divino, de Jesucristo nuestro Señor.

Sor Trinidad

Secuencia

“Venid ¡oh Espíritu Santo! y derramar desde lo alto sobre nosotros un rayo de vuestra luz divina”. Y sobre este nuevo rebaño, de vuestra celestial e Inmaculada Esposa, abrásalas en vuestro fuego divino.

“Venid, padre de los pobres, venid dispensador de dones celestia-

les, venid luz de los corazones”. Y encender el fuego de vuestro amor en este santo Instituto para que nos hagamos dignas en nuestras obras de llamarnos vuestras hijas, de ser enriquecidas de vuestros celestiales dones y conducidas por vuestra divina luz al reino que nos tenéis prometido a los pobres de espíritu.

“Consolador admirable, dulce huésped del alma, nuestro dulce refrigerio”. En esta vida vive, oh Espíritu de consuelo, siempre en nuestras almas, para que refrigeradas por vos en este destierro lleguemos amparadas por vos a la bienaventuranza prometida.

“En los trabajos, vos sois descanso; en el ardor de las pasiones, sosiego; en la tristeza, consuelo”. Que estas hijas de vuestra ardiente caridad, gocen sosegadas del amparo y consuelo de la celestial maestra María Santísima gustando los frutos dulcísimos de vuestro Santo Espíritu.

“¡Oh luz dichosísima!, inundad lo más íntimo de los corazones de los fieles”. Y sean estas pequeñas hijas abrasadas en el fuego divino de vuestro purísimo amor.

“Sin vuestro auxilio nada es el hombre, y todo le atormenta”. Únenos estrechamente a vos, para que alentadas con vuestro espíritu os demos el honor y gloria que nos tenéis obligadas con vuestras continuas misericordias.

“Lavad las manchas de nuestras almas, regad su aridez, curar sus llagas”. ¡Oh Espíritu de caridad!, que sanéis las manchas y curéis nuestras enfermedades, os suplicamos humildemente que purifiquéis nuestras miserias. ¡Oh fuego y caridad divinas!, alumbranos a esta pequeña Congregación eucarística que participa por gracia de tu apostolado en las almas de los pequeños el ardor que transformó a vuestros discípulos dichosos que se congregaron en el Cenáculo bajo la maternal mirada de María, vuestra Madre Inmaculada, para que no pierdan la vida interior que en la adoración perpetua de la sagrada Eucaristía reciben esa vida íntima, sobrenatural y divina, que reciben cada día de tu divino Corazón, de la cual eres la fuente donde recibimos la vida que hemos de dar a las almas. Enciende tú, oh Espíritu divino, en nuestras almas y graba como sello, ¡oh fuego

divino!, una sed ardiente de la vida interior, que nos das en tanta abundancia en la adoración y Oficio divino, que os prometimos guardar con fidelidad hasta la muerte. Que tus suaves y poderosos efluvios penetren en nuestros corazones, que sintamos aún en este mundo, que no hay verdadera felicidad fuera de ti, en la imitación de tu vida íntima que allí recibimos tu Evangelio, la Cruz y la sagrada Eucaristía, dándoos gloria, alabanza y reparación. Amén. Amén.

AVISOS EN MI ÚLTIMA HORA

Hospital-Iglesia del Carmo
Lisboa, marzo del 18 al 20, año 1943

Carísimas madres y hermanas en el Corazón eucarístico de Jesús y en [el] purísimo y maternal de María Santísima, nuestra dulcísima madre María Inmaculada en el momento mismo de recibir el Espíritu Santo que encarnó en sus purísimas entrañas el Verbo divino hecho carne:

Al empezar estas líneas, que en esta agonía de tener que dejar esta casita de Laveiras por prescripción del doctor especialista, que estas reverendas madres queriéndome cortar el paso a la eternidad, buscan todos los remedios divinos, humanos para alcanzar de Dios nuestro Señor prolongue los días de mi destierro, y al Corazón eucarístico de Jesús y al purísimo de su madre María Santísima, me ofrezco de nuevo a padecer cuanto convenga al bien espiritual y progreso de nuestra amada Congregación, a quien consagro todo cuanto Jesús se digne darme para su mayor gloria y nos conceda la pronta aprobación de las Constituciones que han de regir "la obra de Dios" como la llamaba nuestro inolvidable protector y padre, el Emmo. Sr. Cardenal Casanova el año 25: "*Ni es V. ni soy yo, la Obra es de Dios*".

Como delante de Dios la veo tan grande... que me anonada y confunde sintiendo como san Pablo decía: "Mi vivir es Cristo y mi morir *ganancia*..." (Flp 1,21). He de resignarme a vivir con Cristo Hostia, ya que con la muerte ganaría; que almas bien dispuestas y

santas os mostrarán el camino que Jesucristo, mi Señor y mi Dios, me pone patente, claro y suyo el camino que repugna más a los sentimientos de mi alma, que busco siempre maestros, luz, dirección divina, para encontrar cómo cumplir la voluntad de Dios, y aquí, en este país casi pagano de Laveiras, en este encargo de restaurar el antiguo desagravio de Lisboa con siete venerables ancianas, *imposibles de ver más que lo suyo*, sin medios humanos. Llevamos un año de experimento y cada vez veo la noche más oscura. Una lamparita que arde toda la noche y la sagrada Eucaristía, con nuestra madre María Santísima en sus Dolores santísimos, son mi recreo durante las noches que me concede en esta tribuna, y siento como si al mostrarme el Señor nuestro camino, me dijera lo de san Pablo a los Romanos: “Os ruego, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, grata a Dios, que tal sea vuestro culto racional. Que no os conforméis a este siglo, sino que os conforméis por la renovación de la mente para que procuréis conocer cuál es la voluntad de Dios, buena, grata y perfecta” (Rom 12,1-2).

Sor Trinidad

Muy reverendas madres asistentes, vicaria general y superiores de nuestras casas de España y Portugal.

Reverendas madres y hermanas carísimas en Jesús Hostia: *¡Me siento tan acabada! ¡Voy a morir!* Mi muy amadas madres y hermanas en Jesucristo vida de las almas: ¡Qué pensamiento este tan hermoso! ¿Verdad? ¡Muy pronto me veré en aquel tribunal de la divina justicia! y mi alma *sola*, en su divina presencia, ha de contestar sin excusas ¡aquel interrogatorio!

¡Voy a morir!... En este pensamiento, la idea de las grandes misericordias del Señor durante tantos años, y que el divino Juez Esposo dilectísimo y Padre amorosísimo me cubrirá con el manto de su preciosa Sangre, *es la esperanza* que consuela y alienta mi alma. Y que la Santísima Virgen, nuestra madre santísima es Madre de mi Juez y *abogará por mí*... ¡Es el consuelo y la esperanza de toda alma cristiana que ha sido redimida con la Sangre del divino Corde-ro!

¡Hijas mías!... Pero, voy a morir y he de dar cuenta de cuanto he recibido de gracias con el santo bautismo y demás sacramentos de la santa Iglesia Católica. Y más, fui llamada por gracia especialísima del Señor a la vida religiosa, *me llamó él mismo* por su amorosísima misericordia compadecido de mi grande miseria, porque me *crió él*, me abrió los tesoros de su divino Corazón, me regala con su unión santísima en la sagrada Comunión, me colocó en su palacio real, me ofreció su Corazón dulcísimo por morada perpetua, donde me dio a gustar las delicias inefabables de su amor, y a los diez años de edad se consumó el *compromiso eterno de ser él siempre mío y yo suya para siempre*.

¡Oh Jesús mío! Vos sabéis, en esta unión viví muchos años engo-

losinada en las delicias de la cruz, vos me pedíais y yo nada os negaba. Pero, ¡pobre de mí!, un lobo feroz quería devorarme, y dentro del aprisco quería darme muerte... ¡Cuánto os costó, Jesús dulcísimo de mi alma, que esta pobre ovejilla no fuese herida de muerte! ¡Qué ternuras y que amor de vuestro Corazón divino, de mi adorado Jesús! Vuestra bondad me vistió de fiesta, me coronasteis de reina y esposa vuestra tan pequeña, que no conocía... el ejército de secuaces que me rodeaban... y me encontré en medio de un ejército, me vi cargada con vuestra cruz, *en el monte Calvario al medio día*.

¡Oh Jesús mío dulcísimo! Me disteis a vuestra Madre santísima y *ella* cuidó de vuestra pequeña esposa, y desde entonces, ¡oh mi amor del alma!, cuánto me pedíais entonces, que renunciara aquel camino, que perdí, y os siguiese paso a paso en la senda de vuestra Pasión... ¡Nada os negué entonces, *Jesús de mi alma!* Tú lo sabes Señor y Dios mío, que os juré, hace 58 años, seros fiel hasta la muerte.

Aquí me tenéis cumpliendo vuestra voluntad santísima, trabajar con todas las fuerzas de mi alma, conformarme en todo lo que creo es vuestro divino querer, y si os place probarme ocultándome la dulcísima mirada de vuestro divino rostro, que como luz clarísima guió mis pasos hacia vuestro divino Corazón, privándome ahora de la dulzura de vuestra presencia y de los consuelos sensibles de vuestro amor, dejándome en tinieblas y sequedad, y mi corazón árido y seco como tierra quemada por el ardor del sol, y no veo la hermosura de vuestro divino rostro, y no sé dónde hallaros, y sola y desamparada os busco y no os encuentro.

¡Oh Dios mío!, apiadaos de tu sierva que sedienta busca en ti su descanso, oiga vuestra dulcísima voz que me diga: “Ven bendita de mi Padre...” Y habiendo terminado mi peregrinación sobre la tierra y queriendo con todo el amor que os dignáis imprimir con fuego ardiente de sacrificarlo todo y cumplir fielmente su voluntad, pueda deciros con todo el amor de mi corazón: “consumatum est”. Todo ha concluido, he cumplido fielmente vuestra voluntad santísima, Jesús mío, *he dado mi vida en vuestro servicio, sostenida por la*

santa obediencia. Quiero repetiros, ¡Dios mío, cúmplase vuestra voluntad y no la mía!

Y vos, mi dulcísima madre María Santísima, presentarme a vuestro divino Jesús como hija vuestra con aquella túnica que vos me vestisteis en aquel día dichoso que admitida en el tálamo nupcial fui obsequiada por la Santísima Trinidad, regalándome el Padre como hija muy amada, el Hijo santísimo como esposa, y el Espíritu Santo cogiéndome entre sus alas me introdujo en vuestro Inmaculado Corazón para que como celestial madrina me guardaseis del enemigo infernal, para darle gloria y adoración y la misión que queráis ejerza en las almas de los niños de acercarlos a vuestro Corazón eucarístico y prepararlos a la sagrada Comunión limpios de pecado, con amor, fe y temor de ofenderos. No me sentí llamada ahora a esta misión, ¡soy tan débil, que el temor de caer y ofenderos me hacía huir a los desiertos, y esconderme en las concavidades de los claustros, y con tempestades y truenos de infierno me refugié en vuestras sagradas llagas, y con vuestra luz conocí caminos desconocidos para mí hasta entonces... Vuestra voluntad adorable que buscaba conocer como el sediento la fuente de agua viva me acercasteis a vuestro Corazón eucarístico y allí encontré vuestra luz divina y vuestra ley santa, oyendo de vos vuestra divina palabra: “Yo soy el camino, la verdad y la vida...” (Jn 14,6), si me sigues por él, me encontrarás; si crees en mí, encontrarás la vida.

Es, mis amadas madres y hermanas carísimas, lo que deseo exponeros en estas últimas cartas que os iré mostrando en estos días de agonías que paso lejos de nuestra amada morada de Laveiras, donde tan hermosas noches pasé frente al sagrario bajo la maternal mirada de nuestra madre María Santísima de los Dolores.

Espero que el Espíritu Santo os comunicará sus caminos y podré deciros alguna cosa: si os aprovecha y ayuda, *es él*; si no sentís lo que pido y deseo, por mi grande torpeza, eso sí es mío, perdonarme, y espero me encomendéis al Señor para alcanzarme gozarle eternamente en el Cielo, donde espero entrar por el Corazón purísimo de nuestra madre Inmaculada, Madre de Jesús y de su pequeña Obra.

Así confío y espero entrar en el principio de una vida en Cristo Jesús; cómo deseo la muerte, quiero en este momento unirme a él y a su sacrificio, haciéndome desde el principio su víctima encontré en mis enfermedades muchas ocasiones que me hacía hostia, y así me ofrezco completamente con toda la Congregación, para que cumplamos su voluntad santísima en vida y en muerte, cumpliendo así sus amorosos designios.

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María.

Lisboa 25 de marzo de 1944

Lisboa, 3 de mayo de 1944

Carísimas madres en el Corazón eucarístico de Jesús: Meditaba esta mañana en aquellas palabras de Jesucristo: "Yo soy el camino verdad y vida..." (Jn 14,6) *Yo que soy la verdad, os digo que soy la Vida*. La vida de todo cristiano, especialmente la de una religiosa eucarística como somos nosotras por privilegio y gracia especialísima que con la vocación eucarística nos dio el Señor, es consoladora y sublime, ¡nos obliga a tanto!...

Nuestra vida debe ser a la vez vida y muerte, y ha de ser una negación de sí misma... una muerte, para poder ser esa vida en Jesucristo, vida por excelencia: *renunciar*; el "abneget semetipsum" (Mt 16,24) del divino Maestro.

Sacrificarse no es morir, sino destruir la muerte, *es suprimirse el yo* voluntariamente por amor de Dios, sin violencia, porque Dios lo quiere y Jesucristo nos enseñó con hermosísimos ejemplos, el sacrificio del amor propio, por amor de Dios; es la ciencia de la vida verdadera que es Cristo, sacrificando la pasión dominante, la sensación de momento, el capricho de vanos accidentes en la sustancia de la vida que se presenta a cada hora; es el misterio la cruz, el sacrificio de la religiosa víctima, la mortificación de la vida religiosa; es la muerte en Jesucristo.

"La negación no tiene sino una belleza relativa, vale por lo que da, no por lo que quita. Quitamos ciertos bienes sensibles, pero miramos más allá de lo sensible, y descubriremos las riquezas que son la recompensa del sacrificio; nuestra leve aflicción del momento produce para nosotros sobre toda medida un eterno peso de gloria". La religiosa que no ha practicado hoy el "*Quotidie morior*" ha perdido

su día; y san Pablo, cuando decía a los Romanos lleno de gozo: “¿Quién nos separa del amor de Cristo?” (Rom 8,35), y el mismo a los Filipenses (1,23). Por lo menos desde aquí abajo hagámonos una nueva criatura en el Señor; que sirvamos a Cristo con gozo... Si este es el espíritu cristiano, ¡cuál debe ser el nuestro! espíritu de dilatación y alegría, espíritu de vida, el espíritu de mortificación y de sacrificio, es nuestra vida de adoración y apostolado, fuente de donde brotarán las maravillas de la vida interior que nos pide Jesús.

No sé ocultarle las amarguras que siente mi espíritu cuando habiendo sido llamadas por vocación especialísima del Señor a esta transformación de vida eucarística, de adorar perpetuamente a Jesucristo, Dios y hombre verdadero en la sagrada Eucaristía, llevando el fuego del amor divino a las almas de las pobres niñas abandonadas y enseñarles a ser cristianas fervientes por lo menos. No comprendamos el espíritu y vida de nuestra Congregación, que es la imitación de Jesucristo en su vida mortal. Antes de ser aprobadas veía con consuelo la fe y amor con que deseaban y pedían todas la aprobación, y ahora que nos anuncian la aprobación como Congregación, se nota una impresión de descontento, como yo la tenía antes de nuestra visita a Roma, y en las conferencias que tuvimos con el R. P. Procurador General de los padres nuestros, a quien consulté, me alentó tanto “a que recibiese agradecida lo que la santa Iglesia nos ofrecía en vista de las actuales circunstancias, se veía la necesidad de acercar el fuego de la caridad y amor de Dios hacia las almas que no van a la iglesia ni oyen la palabra de Dios... todos debemos cooperar a buscar la oveja perdida, y traerle todas al redil de la santa Iglesia...”

Desde entonces me ofrecí al Señor para que nos enviase el martirio si es necesario para acercarle almas, ¡muchas almas!, sin apartarnos *nunca de nuestra vida con Jesús dulcísimo en el Santísimo Sacramento* y aquí está lo difícil: de caminar sin tropiezos por caminos muy difíciles que ni conocemos. Nada extraño tiene la repugnancia que encuentra para salir de nuestro recogimiento y clausura, y de ahí la necesidad que se impone, ya que aprendamos de

Jesucristo nuestro Señor y de la Santísima Virgen nuestra amantísima madre María Santísima, modelo que todas debemos seguir.

Ella, recogida y silenciosa en la casa de Nazaret, recibe el Ángel que le anuncia ha de ser Madre de Dios, y se entrega con *aquel fiat eterno* que nos trajo el Salvador santísimo que nos había de redimir; y desde aquel momento dichosísimo y feliz empezó nuestra madre santísima su adoración perpetua al divino Verbo que venía a encarnar en su seno virginal por obra del Espíritu Santo decretado por la Santísima Trinidad, y al nacer Jesús divino, ella (con el patriarca benditísimo san José) adoró ofreciéndole con fe vivísima, *que era Dios verdadero*. Reconocía a su Hijo y a su Dios, y bajo ese velo oculto... confesaba la verdad del misterio con la fe más viva y perfecta, *le adora* y con sus actuaciones le dio más gloria que la que le pueden dar todos los ángeles y santos juntos.

Ella recibe el encargo de formarle la Congregación de adoradoras a su divino Hijo Sacramentado y formarle víctimas de amor y reparación en el Calvario al pie de la Cruz, como Belén en la santísima Eucaristía y *nos hizo esclavas*.

Vuestra humilde sierva y madre en Jesucristo,

Sor Trinidad del Corazón de María

Lisboa, 15 de agosto de 1944

15 de septiembre de 1945

A todas nuestras madres y reverendas madres asistentes de nuestra Congregación.

A mis amadas madres y hermanas carísimas en el Corazón eucarístico de Jesús por el Inmaculado Corazón de nuestra madre María Santísima: Salud y gracia en el Corazón Eucarístico de Jesús.

Hijas mías en nuestro Señor Jesucristo. Al terminar estos santos Ejercicios que he procurado asistan todas las que puedan, y que el reverendo padre que los dirigió estuviese muy lleno de Dios nuestro Señor, como todas veían con grande edificación, que su tendencia únicamente estaba en encendernos en amor de Dios y vivir su vida divina: la necesidad de servir y adorar al Señor, sirviéndole por amor como se sirve a un Padre de quien todo lo hemos recibido, como a nuestro Salvador para pagarle con amor lo muchísimo que nos amó quedándose con nosotros en el Santísimo Sacramento del altar, como compañero de nuestro destierro para alentarnos a padecer, como alimento para fortalecer nuestro amor y fe y como luz y fuego que nos ilumina en el camino escabroso y nos calienta con su divino amor para derretir el hielo de las almas que él nos confía. Sin la cual vida eucarística interior perderíamos miserablemente las mejores obras hechas con mucha preparación, quedarían deshechas sin esa vida interior que nos hace *unas con Dios nuestro Señor*, que nos ilumina para conocer sus divinas perfecciones y seguirlas como lo hicieron los santos, y lo acabamos de oír en las hermosas pláticas, que acabamos de oír, como de boca del divino Maestro sobre aquellas palabras de san Mateo. Sabéis, les dijo nuestro Señor a los apóstoles cuando queriendo éstos utilizar el apostolado para su pro-

vecho, descubrió su ambición y envidias y les dijo: “Mas entre vosotros, todo el que quiera ser el mayor, sea vuestro criado, y el que entre vosotros quiera ser el primero sea vuestro siervo” (Mt 20,26-27).

¡Hubiera querido que todas mis amadas hijas hubiesen oído tan hermosas pláticas de los santos Ejercicios que parecían inspiradas del Espíritu Santo para nosotras! En esta ocasión, que parece que el demonio viendo no ha podido deshacer la obra de Dios, llena el corazón de las que venían con deseos de santificarse de *egoísmos*, a veces *místicos*, de deseos de remediar males, que la humana naturaleza lleva consigo y que en las comunidades más observantes las hay, porque los que formamos la Congregación y comunidades llevamos el “fomis peccatum” y como no son ángeles, ni los que gobiernan, ni las que forman las comunidades, aunque las hay gracias a Dios muy buenas y santas. Miserias encontrarán siempre que corregir y remediar, y nadie puede evitar esas cosas que el Señor permite para que nos ejercitemos unas con otras en la virtud de la humildad y paciencia que nos ayudará a la santificación de nuestras almas y, como nos decía el padre: Cuanto más unidas estemos al Corazón dulcísimo del divino Maestro, cuando un alma humilde y sacrificada saborea en la oración la suavidad y dulzura de Jesús, llega a probar sus divinos efectos y se transforma en él; si era egoísta y dura por temperamento, estos defectos desaparecen al contacto, que la oración humilde y constante produce en alma ardiente que solo busca la gloria, alabanza y adoración al Salvador divino de nuestras almas a quien nos hemos consagrado.

Solo el aspecto de un alma religiosa humilde, revela su vida interior y su unión con Dios: no se alaba ni busca quien le haga lisonja, porque aparece y respira su dependencia de Dios en todas sus cosas, que huye de las alabanzas del mundo y busca en su Dios la luz, el consejo, ya para tomar una decisión, o para recibir algún consuelo en sus dificultades, o para tomar fuerzas y energías para triunfar en asuntos de gloria de Dios. Y esta dependencia de Dios, que se nota en una superiora o súbdita de mucha oración y vida

interior, atrae a las almas a Dios. Así como al contrario, esa inclinación a querer cargos, a quejarse de todas las que no estiman sus méritos, a protestar de que llevando tantos años y tantos servicios a la Congregación prefieren y anteponen a otras con menos méritos, peores cualidades, etc., es la prueba más convincente de sus faltas de virtud y vocación para el estado de perfección que el Señor pide a una religiosa Capuchina Clara Esclava de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios. Por lo que el divino Maestro que conocía las ambiciones de sus apóstoles, les decía lo que anteriormente les digo: "Mas entre vosotros, todo el que quiera ser el mayor, sea vuestro criado, y el que entre vosotros quiera ser el primero sea vuestro siervo" (Mt 20,26-27).

Así, hijas mías en el Corazón eucarístico de Jesús, ruego especialmente a las superiores, como a las que tienen cargos, directoras de almas, como son las directoras de las escuelas y superiores en las misiones o asilos, que el Señor por la santa obediencia le confía el cuidado de las almas. Termino afirmándoos que sin humildad no haréis fruto en las almas, ni podréis guardar el justo medio entre la tolerancia excesiva, ni en una aspereza que Dios nuestro Señor no pueda aprobar, porque la cobardía y con más frecuencia el orgullo, se manifestarán en su conducta de susceptibilidad y ese yo, de lo cual se seguirán las rivalidades, las antipatías, la desunión, las parcialidades, el afán de cargos y mil males que llevarían la Congregación a la relajación, lo que Dios no permita jamás por su infinita misericordia, que la soberbia y ambición ha traído a otras congregaciones la ruina de ella y el desequilibrio de sus miembros. Que oigamos siempre a Jesús que nos habla muy en el fondo de nuestras almas en los ratos de adoración, que por nada debemos dejar, hijas mías. La oración humilde hará vuestras adoraciones fervorosas. De ella sacaréis el fuego para encender las almas de las pequeñitas que tenéis que acercar a Dios, y a medida del calor de caridad y amor de Dios que os acerquéis a esas almitas, será el fruto que sacaréis de ellas y la gloria que daremos al Señor.

Sí, hijas de mi alma, mirar a Jesús en cada una de ellas y no

temáis, que si conserváis el espíritu interior de la adoración, seréis poderosas en atraer a Jesús Sacramentado más almas, como dice Jesús: "Mi pequeñito rebaño, elegido para gloria de mi Corazón eucarístico", que desea crezcamos siempre en humildad hasta el fin del mundo, llegando así al reino prometido a los humildes de corazón. Y espero que, mis reverendas madres e hijas todas en el Corazón eucarístico de Jesús, recordéis las palabras del padre especialmente a mí: "Tendréis la autoridad necesaria si sois humildes, lo humildes que debéis ser, porque si la humildad desaparece, la autoridad se torna onerosa e insoportable".

Los santos no hacían más que copiar la vida del divino Maestro y de nuestra madre María Santísima a quien de todo corazón os encomiendo siempre y ruego imitéis sus virtudes, y pidan todas esta gracia para vuestra sierva y madre,

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María.

Roma, 3 de abril de 1947
Bon Salvatore. Leopardi 17

Reverendas madres asistentes del consejo, superiores locales e hijas carísimas todas en el Corazón eucarístico de Jesús.

Aquí, en la Ciudad Santa ha querido el Señor viniésemos a los pies de Su Santidad el Papa Pío XII a oír la voz del Señor, pues desde que me aconsejaban o proponían el cambio de vida de clausura o congregación y empezamos, suspiraba por hablar al Vicario de Jesucristo y preguntarle cuál era la voluntad del Señor.

Pues lo que me hacía sentir el Señor desde el principio de mi vocación, consultando siempre a los directores, los de ejercicios, mis inspiraciones y luchas, que me animaban a seguir y pedir cuando el Señor me pusiese en ocasión oportuna. *Tres eran las cosas que sentía como necesidades en la vida de cualquier orden: adoración al Santísimo Sacramento; suprimir las elecciones recibiendo las superiores elegidas en consejo general, con noviciado común; y admitir un número de 15 ó 25 niñas abandonadas, huérfanas y pobres, para educarlas piadosamente desde la edad de 3 años a 15 lo más, para que las que no sintiesen vocación al estado religioso, pudiesen salir a estudiar o buscarse la vida honradamente como buena cristiana, confiándolas a familias católicas que se encargasen de ellas. Y dar así una ayuda a la santa Iglesia, a que me sentía estrechamente atraída y unida al espíritu genuino de la Iglesia Católica con deseo de salvar muchas almas por la oración y adoración a la sagrada Eucaristía por los progresos que veía en los días de jubileos, que eran muchos.*

Como no es una historia que todas conocen, sino un sentimiento

que me sale del alma, de gratitud inmensa a la bondad del Señor, quiero demostraros los caminos de su amorosa providencia trayéndonos a Roma, en momentos de verdadera angustia.

Hemos crecido mucho en años, y como se tardó en aprobar las Constituciones que por mandato del señor cardenal Casanova escribí hace muchos años, se han fundado varias casas, se han nombrado superiores jóvenes, de excelente espíritu, pero sin *experiencia práctica* de vida religiosa, y todas, que con tanta sumisión y bondad aceptaron la aprobación, se creyeron después habilitadas a dar *normas, formas, criterios*, y dar giros a las comunidades que se les confiaba, con normas equivocadas del espíritu de las Constituciones, queriendo echarnos de lleno a la vida activa, sin tener la preparación y espíritu interior que el Señor nos pide por medio de la adoración para llevar el fuego del divino amor a las almas que deseamos salvar, como si esta Congregación naciese sin alimento espiritual, sin espíritu interior que hemos de manifestar *en nuestras obras, en nuestras enseñanzas y con nuestro ejemplo*, de modestia religiosa con una formación especialísima que ninguna tenemos aún, y que son palabras de la Sagrada Escritura, “*que el que cree que todo lo sabe, todo lo ignora*”

¡Gracias a Dios nuestro Señor, que tanto nos ama y que nos escogió para una vida de apostolado bajo las enseñanzas del divino Maestro, que nos dio a su Madre María Santísima para que imitémos sus ejemplos y la tuviésemos por Madre y Maestra sapientísima y ella sería nuestra luz y modelo, y nos trajo providencialmente a Roma para que oyésemos al Vicario de Cristo en la tierra!

¡*Orábamos mucho! y pedíamos una Audiencia particular.* Quería preguntar a Su Santidad ¿cuál sería la voluntad del Señor?... Si la vida mixta formada según nos fue pedida: “Ponme como un sello en tu corazón, como un sello en tu brazo” (Cant 8,6). El corazón lo pide Jesús como árbitro de la vida interior, eucarística, contemplativa, que lo llenamos de luz, de fuego, de caridad; el brazo como un instrumento en el celo de las almas, acercarlas a la mesa eucarística, alimentarlas de su amor divino y repartir con el prójimo

el pan de cada día. (En los mandamientos de la Ley divina es “*el mandatum novo*”).

Y el divino Salvador pensó en nuestro *corazón al ofrecerme su cáliz, el sello de la contemplación*, por ser el órgano más noble y necesario para él, que late cada día junto al suyo, día y noche orando, suplicando, desagraviando... *Este es el espíritu principal de la Congregación*. El brazo es la parte activa que hemos de dar al apostolado, que se mueve al calor del fuego que recibe, y de vez en cuando descansa en la quietud interior de la contemplación, bebiendo de la fuente eucarística la luz [con la] que hemos de iluminar las inteligencias de los pequeños, llevando a sus almas la sangre divina de Jesús. Merced a las luces y amor que el alma recibe en la adoración en esas intimidades de unión con Dios, vivifica las obras exteriores, la única capaz de comunicarles la utilidad efectiva...

Sin esta vida interior que Dios nos pide, os aseguro que acabamos sin espíritu de devoción, de abnegación, de amor y humildad; todo languidece, la luz se oculta, se esterilizan y se llenan de imperfecciones nuestras obras, que el Señor rechazaría muy pronto de sí.

Somos frágiles, si descuidamos la vida espiritual, pronto perdemos el gusto a la oración, al rezo del Breviario... las ocupaciones materiales nos embargan todo el tiempo, nos engolfamos en ellas y todos los esfuerzos de los superiores serán inútiles para convencerlas, que sin el espíritu interior de dar a la adoración y meditación el tiempo señalado en las obras de apostolado, y se echa de ver esa afición y sed de vida interior que no puede mitigar a placer en la oración y Oficio divino, que forman el mérito de la contemplación sacrificada; el alma realiza esa admirable y fecunda unión de las dos vidas, contemplativa y activa, que es como el Señor nos pide desde el principio de nuestra vocación, que sacrificándonos por las almas, el tiempo y horas señaladas por las Reglas, sintamos esa sed de vida interior aprovechando las horas de descanso para ir a la fuente divina de la sagrada Eucaristía, *unos minutos en su divina presencia donde quiera que nos encontremos*, acercar nuestros labios a sus sagradas llagas, pedirle el agua para mitigar nuestra sed de Dios a

placer, y Jesús premia esas ansias de amor, y en esos momentos de oración ferviente nuestro Señor le procura esos momentos de intimidad. A veces, inquieta y seca, le pedimos con humildad el agua. La da Jesús en abundancia, y exige la fidelidad; y en cambio le compensa de la brevedad de esos felices instantes de fervor, con favores y gracias, que la obligan a partirse por su amor en las almas que les lleva, y vive como abstraída en Dios, a quien servir desea en cada una de las almas que él confía.

Parece, madres y hermanas carísimas, que me aparto del fin que me proponía comunicaros, de los deseos y ansias de preguntar al Santo Padre me dijese cuál sería más agradable al Señor: seguir la vida eucarística de contemplación, con la enseñanza de las niñas pobres, sin perder el espíritu interior, o dejarlas de lleno en esa multiplicidad de obras que gastan todo el día fuera de casa para atender a las exigencias de imposiciones de asilos o patronatos, dispensándolas de todos los actos de comunidad, de oración, adoración, etc.

Toda preocupada pensaba, ¿cómo expresaría mis necesidades y deseos al Santo Padre? Lo encomendé a nuestra madre santísima, hablase ella por mí. ¡Oh Corazón Inmaculado y purísimo de nuestra madre María Santísima, ella manifestó mis deseos al Santo Padre, y como si estuviese preparado por ella... sin que nosotras hablásemos, nos contestó al decirle a lo que nos dedicábamos: “Mucha vida interior, mucha vida interior, mucha vida interior (dijo *tres veces* con los brazos en cruz y sus ojos elevados al Cielo) y mucho amor a la Iglesia”. *Nos bendijo* paternalmente encargándonos una bendición especialísima a todas nuestras religiosas de nuestra Congregación, a sus familias y bienhechores, etc. Besamos su pie y salí llena de gozo. Como si bajara del cielo salí de la audiencia privada del Papa, y me duró la impresión dulcísima que la Santísima Virgen nos daba por el Vicario de Jesucristo en la tierra *las normas a seguir, nuestra vida eucarística de contemplación* para hacer fecunda la misión altísima de acercarle las almas inocentes de las niñas pobres abandonadas a Dios con abundantes frutos.

Y estoy ciertísima, mis reverendas madres y hermanas, que la

divina Providencia confirmó lo que hace muchos años reveló a una religiosa: "Que como recurso efficacísimo para atraer las almas a la Iglesia haría nacer obra de almas penitentes que saliesen del desierto como el Bautista a preparar las almas de los pequeños pobres y abandonados huerfanitos que restaurasen los hogares y familias cristianas donde reinase la paz y amor a Jesucristo, en la práctica seguir el santo Evangelio grabando en los corazones los ejemplos de la Sagrada Familia".

Esta [es], mis reverendas madres y hermanas carísimas, nuestra misión altísima, os lo *repito siempre*. Seguir los ejemplos de humildad y amor del Corazón de Jesús, la sumisión, silencio y obediencia de la Virgen santísima nuestra Inmaculada Madre, la pureza y laboriosidad de san José, que trabajaba para alimentar a Jesús y María con la angelical pureza y amor que recibió del Espíritu Santo cuando le confió guardián y tutor de la Madre de Dios y del Verbo hecho carne para salvarnos.

Ruego humildemente perdonen vuestras reverencias lo mal que expreso los encargos de Jesús y María, para todas, presentes y futuras, Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios, de quien es la Madre y Maestra de sus humildísimas esclavas y adoradoras de Jesús Sacramentado.

Solo ruego una oración fervorosa en vuestras adoraciones por vuestra inútil sierva que en Corazón dulcísimo de Jesús por María es vuestra madre,

Sor Trinidad

Madrid 15 de Agosto de 1947

Muy reverendas madres asistentes, superiores y hermanas carísimas en el Corazón eucarístico de Jesús Sacramentado.

Desde que llegué de Roma deseaba dedicar unos ratos de expansión espiritual con vuestras reverencias, que el Señor me dio de ángeles de guarda y cirineos en la larga peregrinación de mi vida religiosa, 50 años de profesa. Hace unos días cumplía, el 28 de julio, 54 que ingresé en el noviciado de capuchinas del desierto de penitencia de San Antón de Granada y 4 de educanda en un convento de clarisas. Total 58 de vida en conventos de clausura, donde me enseñaron de educanda el amor a la Eucaristía donde me hacía creer la santa maestra que si era constante y fiel en visitarle y llamarlo muchas veces lo vería venir a jugar al esconder con Jesús niño divino; en las capuchinas las austeridades y amarguras dulcísimas de la cruz con Jesús y su Madre María Santísima. Gracias a Dios que me cogió pequeñita para que el amor a Jesús Eucaristía y la penitencia y austeridades de aquella vida de cielo donde el silencio, el recogimiento y casi continua vida de oración, Oficio divino, trabajo y penitencia, no dejaban tiempo mas que para elevar el espíritu al Señor y repetirle muchas veces: ¡Todo por tu amor Jesús dulcísimo!

Esta formación de cerca de 40 años preparó y educó este corazón feroz para el grande sacrificio que me aguardaba... Yo, en horas de fervor que se dignaba darme el Corazón dulcísimo de Jesús, me entregaba a él incondicionalmente a ser su pequeña víctima, esclava indignísima de su Inmaculada Madre y él me cogió la palabra... *me aceptó*, no la muerte natural, sino a esa muerte de mí misma... ¡Que él se dignó escogerme para seguir su pasión santísima paso a paso

por puro amor suyo, según sus pisadas ensangrentadas, muriendo he vivido 40 años, me parece, tirando de los trabajos que él me pedía, con la cruz de las enfermedades que él conoce, pues desde que empecé andar este calvario no recuerdo si pasé un día sin dolores y agonías.

¡El sea bendito por siempre! y a él sea la gloria el amor y reparación que de sus pequeñas esclavas espera en la salvación de las almas, atrayéndolas con su divina gracia a su Corazón eucarístico, llenándolas de las dulzuras de su amor, para lo cual me obliga a pedirlos en su nombre, que entréis con fe ardiente en su divino costado, y él derramará en nuestras almas los tesoros infinitos de su caridad y fortaleza para seguirle fieles hasta el fin.

CUADERNO UNDÉCIMO

¡Probrada sea vuestra fidelidad y amor a Dios y a María para despreciar de mí a todos y a mí mismo por mí propia voluntad! ¡Omnis lignos detrahe me mensura de M. Mercedes,

R. M. Mercedes de Jesús Crucificado, capuchina de Granada.

Muy amada en nuestro Señor, mi inolvidable y querida tía. Tengo varias cartas de vuestra reverencia que no me atreví a contestar tan pronto como deseaba. Pedía a Jesús dulcísimo por el Corazón purísimo e inmaculado de María santísima, templara los sentimientos naturales, y pusiera en mi alma y en mi pluma todo aquello que pudiera consolarla, le sirviera de lenitivo a su dolor y la hiciese conocer cómo somos movidas por el Espíritu Santo cuando los superiores mayores nos señalan el camino, muchas veces tan contrario al que nosotras nos trazamos en días de grandes fervores o de grandes penas

Vuestra caridad, que me recibió tan pequeña y siguió mis pasos hasta ahora, y que por sus años y muchas virtudes ha sufrido tanto por hacerme religiosa muy perfecta y observante de nuestra santa Regla, que profesé con tanto cariño y entusiasmo, con vivísimas ansias de hacerme santa, *muy santa*, pero llevo 33 años con estos deseos ardentísimos sin haber conseguido empezar; a pesar de sus continuos y santos consejos que durante 33 años que viví en su compañía (sin merecer, menos 3 meses) viendo tan santos ejemplos de heroicas virtudes en vuestra caridad y esa santa comunidad, hasta ahora mi mayor dolor ¡que pasé tan precioso tiempo en deseos!

¡Pobrecita mía, cuánto la hice sufrir con mi mal carácter... para desprenderme de mí misma, de mi propio juicio, de mi propia voluntad! ¡Cuántas lágrimas derramó mi buenísima tía, M. Mercedes,

para hacerme humilde y desprenderme de los mimos y caricias de la familia, de las maestras y compañeras de educandas que me amaban y alababan lo que fue tan detestable en mí y me hace tan soberbia! *¡Perdóneme, mi carísima tía, a quien amo como a mi madre!* y que su amor en castigarme la miraba como mi enemigo, cuando me castigaba el carácter impetuoso y enérgico, aún para los trabajos que buscaba superiores a mis débiles fuerzas, que vuestra caridad preveía y me anunciaba enfermiera, y, *cuánto me tiene que perdonar* y olvidar aquellos seis u ocho años que me entregué a los trabajos más penosos de lavados y veladas, siendo enfermera y sacristana, sin querer admitir dispensas de observancia, ni de alivio alguno, creyendo que por aquellos trabajos y penitencias me haría más santa, y vuestra caridad quería templar mis ardientes ansias de santidad, sin entender yo que el camino más breve sería la obediencia!

¡Dios sea bendito!... Sé que de todo aquello se olvidó ya, perdonándome tan amargos ratos en los primeros pasos de mi vida religiosa, y que después quise desquitarle siempre con el deseo de seguir sus ejemplos... hasta ahora que el Señor nos pedía a las dos *este sacrificio de la separación temporal*, pues en el cielo nos alegraremos mucho en haber ofrecido por amor y por su gloria lo que nunca imaginé me pediría el Señor, a quien pedí morir donde me ofrecí a él para siempre ¡Oh Jesús dulcísimo de mi alma! Y cómo desearía que llenases de consuelo, de amor y de paz a mi buenísima M. Mercedes y demás religiosas que con tanto dolor sienten mi venida a esta nueva fundación de Capuchinas Adoradoras de Jesús Sacramentado de Chauchina.

¡Mi Virgen de los Dolores!... Me consuela mucho, recuerdo que vuestra caridad me alentó muchas veces y me creía obligada a darle al Señor almas víctimas que reparasen las ofensas que recibe en el Santísimo Sacramento, y se entusiasmaba pensando nos lo concederán ahí. ¡Ninguna esperábamos la negativa! Y al contrario esperaba y espero que todas nos hemos de unir para darle mucha gloria al Señor y a su Madre santísima nuestra madre.

En otra le diré muchas cosas que la consolarán mucho. El Sr.

Cardenal nos visita con mucha frecuencia y me dijo muy paternal: "ahora soy yo su director y ayuda, me he convencido es obra de Dios". Casi cada ocho días viene y se está con nosotras toda la tarde lleno de alegría y satisfacción, y está nos anima mucho y alienta a todas, que sólo por la gloria de Dios se pueden hacer estos sacrificios. Después de tantos años, nos pide Jesús le sigamos a su Pasión santísima con su Madre dulcísima, llena de dolor; con sus dolores santísimos los nuestros no tienen nombre, por eso ahora quiere seamos sus compañeras, y tras él vamos contentas abrazadas a su Cruz, a morir *con él*, dónde y como quiera.

Así le dije a mi Madre dulcísima de los Dolores aquel Viernes Santo, que me miró con dulzura inefable al despedirme de ella, 33 años a sus pies le pedía fuese mi madre y cubriese con sus purísimas lágrimas mis grandes miserias: ¡Madre mía, adiós!... Y ella, con su celestial mirada, me dijo: "Voy contigo y seré tu compañera hasta el cielo..." Me confortó ella para no morir de dolor al dejarme esa comunidad tan amada de mi corazón, que me pareció salían a despedirme hasta las que habían muerto, felicitándome en aquel arranque de amor a Jesucristo.

Adiós, no puedo más por hoy. ¡Perdóneme que en dos meses no le haya dado señales de vida! Con Jesús y María no he dejado de enviarle mis especiales oraciones y cariño, pero no puedo atender a tantas cosas, y el recuerdo vivísimo de esa santa comunidad me manda Su Eminencia Reverendísima. *"haga por olvidarme"* y no quiero salir de los consejos paternos que me da. Veo a Dios en mi Prelado y santo Cardenal. Adiós, rogar al Señor por vuestra fiel y cariñosa sierva en Jesús, María y José.

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María

Santuario de los Dolores de Nuestra Señora del Pincho
Chauchina, junio 25 de 1925

R. M. Mercedes de Jesús Crucificado Hitos.

Muy amada en el Señor, mi buenísima tía. Recibo sus obsequios y el hermoso palomo que le regalaron M. Consuelo (de la Encarnación), que hace los recreos de estas monjitas, especialmente las que fueron sus novicias, que la recuerdan con especial veneración y cariño, y el animalito es tan gracioso y lo tiene tan bien educado que hace nuestros recreos muy alegres y hasta nos enseña a obedecer, pues al terminar los recreos se viene dentro y le mandé salir hasta la tarde después de la reserva, y salía diligente al jardín como si tuviese entendimiento. Le dije: ¡Vete a buscar palomitas! Levantó el vuelo y fue por aquella hermosa vega volviendo a la tarde con 8 ó 10 palomas que obsequiaron las monjitas con su poquito trigo. ¡No necesito más para alabar y ver la bondad del Señor!

Todos los días tenemos el patio lleno de palomas entran en el refectorio cuando estamos comiendo y vienen a las mesas a tomar las miasjas de pan... ¡Qué meditación tan hermosa! Recordamos tanto al seráfico padre san Francisco que parece vive con nosotras!

Ayer vino a visitarnos S. E. R. y gozó tanto con nosotras que se le veía radiante de alegría, y queriéndome alentar me decía: “¿No ve V. qué bendición de Dios? ¡Hasta estos animalitos le hablan que es obra de Dios! Acaban ustedes de venir y tienen aquí un palomar que les dice lo que son para Jesús Sacramentado ¡La obra es de Dios, M. Trinidad, y hay que lanzarse a ella con generosidad, sin miedo a los grandes trabajos y dolores que le esperan, ¡muchos y muy grandes!, pero acuérdesese siempre de lo que le tengo repetido: ¡La Obra

es de Dios! Dios está aquí y la llevará adelante. Necesita V. olvidar ya a San Antón, y, vida nueva con gran fervor. Yo estaré con V. mientras el Señor me dé vida y haremos un convento o palomarcito donde estas almas adoren al Señor en la sagrada Eucaristía y nos alcancen sacerdotes santos...”

Me manifestó el dolor que siente con algunos sacerdotes, que quería convirtiésemos al Señor, y esto sí que nos interesa a todos por la gloria de Dios y bien de las almas, especialmente algunos que no están lejos de aquí. Dios nuestro Señor nos oiga, y vuestra caridad, que tan unida está a nuestro Señor, ofrezca con nosotras sus penitencias para que convierta tantas almas consagradas, desviadas de Dios, que tantas almas arrastran al pecado.

Como le gusta le diga algo de lo que el Señor nos pide, sigue sintiendo las mismas ansias que vengan muchas almas víctimas sacrificadas a adorar a Jesús en el Santísimo Sacramento y veo con consuelo vienen muchas vocaciones y, como soy tan torpe, las mañanas hermosísimas en este campo de la Virgen Santísima de los Dolores, tiene algo sobrenatural y divino los encantos con que la naturaleza nos refleja la hermosura del Cielo: antes que claree la luz del amanecer y los luceros de la mañana van ocultando sus rayos, los ruiseñores vienen a posarse en nuestra huerta y los pajarillos en las ventanas de la huerta son los despertadores... y me acuerdo tanto del seráfico padre san Francisco, que cuando el cántico de golondrinas y alondras o mirlos (no conozco estos pajarillos), que me distraen y no me dejan rezar, me encomiendo al seráfico padre san Francisco y le pido le sea agradable al Señor esta fundación y nuevo modo de vida, que nos bendiga siempre... Y así despierto muy temprano; pero al día siguiente de venir, tan cansada me dormí de madrugada y quiso el Señor viese al seráfico padre san Francisco resplandeciente y lleno de luz que volaba por el dormitorio, claustros y dormitorios bendiciéndonos con paternal amor, y me decía: “¡El Amor no es amado! Adorarle vosotras en el Santísimo Sacramento y reparar, con vuestros sacrificios, humildad y pobreza, los pecados de odio y soberbia con [los que] el mundo provoca la divina justicia.

Vosotras, hijas mías, llevar el fuego del amor divino a las almas pequeñas abandonadas... Recogerle muchas almas a Jesús y adorarle. ¡Si vuestro amor es humilde y sacrificado, redimiréis las almas extraviadas y atraeréis al mundo la luz de la doctrina del divino Salvador y salvará de nuevo al mundo, llamado a desaparecer si la caridad y amor de Jesucristo no hace renacer la fe, la esperanza y caridad. El Amor no es amado, amarle sacrificándoos y adorarle en espíritu y en verdad”.

Me pareció entraba en las celdas y nos bendecía parecía un serafín que prendía fuego en las almas y desapareció.

Aquel día vino el Sr. Cardenal y le conté el sueño como lo había sentido y la grande consolación de mi alma y que me daba escrúpulo, porque bajo esta impresión lo conté a las monjas, y el Sr. Cardenal muy impresionado me dijo: “El Señor habló a san José en sueños por medio de un ángel, Vd. haga se aprovechen de esto que más creo que sueño sea un aviso misericordioso del Señor para que oréis mucho y pidáis por los seminarios y sacerdotes”.

Ya otro día le contaré lo contentas que todas están y la providencia con que cada día nos visita el Señor misericordiosamente. No se olvide de mí en sus horas de oración, encomiéndeme muy de veras a las oraciones de esas buenas madres y hermanas que recuerdo con tanta gratitud y afecto filial. Vuestra caridad, mi buenísima tía, pida siempre a Jesús y a nuestra Madre Inmaculada, María Santísima por su pobre y afma. sobrina y hermana en Jesucristo para que le sea fiel hasta el cielo, que le sepa dar el amor y reparación que me pide,

Sor Trinidad

Chauchina, 2 de agosto de 1925
día de la Porciúncula

M. R. M. Mercedes de Jesús Crucificado Hitos.

Mi buenísima tía, M. Mercedes de Jesús Crucificado: Son las 12 de la noche, que termino el último jubileo por nuestra inolvidable abuelita, que para mí hizo las veces de mi querida madre, para ellas han sido las últimas visitas, aunque las creo en el Cielo. Mientras se juntan todas para rezar maitines le pongo estas letrillas para que sepa el mucho fruto que parece ha hecho que se gane en la ermita el jubileo. Anoche no se pudo cerrar y ahora acaban de irse la gente. Si el Señor se vale de estos sacrificios para convertir estas gentes tan atrasados... y fríos. Pídale vuestra caridad a nuestro Señor y encárguele a todas lo pidan.

Sólo para que sepa de nosotras, yo le prometo hacerlo más largo para su fiesta de nacimiento o *profesión* que vuestra caridad celebraba con tanto cariño. Le ruego que en la novena de nuestra Señora de Gracia, recen una salve a la Virgen Santísima que tanto amo, y recuérdeme a nuestra dulce Madre, las veces que le vestí su divino Niñito desde el noviciado. ¡Con cuánto amor celebrábamos su fiesta! En espíritu espero poderlas acompañar en esas hermosas festividades de tan gratos recuerdos ¡Adiós!

Sor Trinidad

Santuario de Nuestra Señora de los Dolores del Pincho
Chauchina, 8 de septiembre 1925

R. M. Mercedes de Jesús Crucificado.

Mi amada M. Mercedes en el Corazón de Jesús Eucaristía: Hoy cuando me acordé de vuestra caridad para ofrecerle mi comunión por sus aniversarios tan consoladores ¡me acordé de los 3 años que hace voló al Cielo mi hermana sor Pura (q.e.p.d.), quien el Señor no quiso darme el consuelo de verla morir! Cuando la oía quejarse y se me iba el corazón a quererla acompañar en aquellos últimos momentos, perdía el uso de las piernas con un temblor que me tenía que retirar, me parecía morir con ella. ¡*La quería tanto...* que sólo por esto la ofrecí al Señor cuando quiso venirse conmigo!... Y la recomendé se fuese a la Encarnación y ella me obedeció siempre, ¡desde pequeñita fue tan buena, que no merecí la fuerza y valor que necesitaba para la hora del sacrificio tremendo! ¡El Señor se lo dé de gloria!

Y basta ya de recuerdos amargos cuando me proponía consolarle con las noticias de las muchas postulantes que vinieron en los primeros meses, y ya son 10 entre postulantes y novicias. Ayer vino S. E. R. el Sr. Cardenal con un compañero suyo canónigo de Zaragoza, me parece, y con un entusiasmo y amor paternal le decía: “¿No ve V. qué bendición de Dios en estos tiempos?... Cómo se abrió esta casa levantada de cimientos para casa noviciado de una transformación de vida completamente reformada para los tiempos actuales. Aquí se ve a Dios... Esta madre Trinidad necesita las Tres divinas Personas en su ayuda para la obra que ha emprendido, ¡y que no quería salir de la clausura, quería dirigirlas desde San Antón! Pero

no era esa la voluntad de Dios sino que ella vaya delante de ellas... ¡Cuántas querían seguirle, como antorcha que la alumbraba y alienta en el camino, *que aún no empezó!*... Tiene que abrazarse a las Tres divinas Personas para *no retroceder y seguir a Jesucristo* hasta muerte de cruz que la espera... penas amarguísimas ha de padecer su alma... y contrariedades que no ve, pues si el Señor nos da vida, quiero ir con ella ayudándole hasta dejar en cada diócesis una casa... Venían con su custodia llamándose adoradoras y esclavas de la Eucaristía y yo les he dicho que no; no quiero lleven custodia ni se llamen adoradoras, pues sería quitarle el nombre a las adoratrices. No, quiero que sigan solamente capuchinas, hasta que la santa Iglesia hable y apruebe las Constituciones que he mandado a la Madre escriba como Dios nuestro Señor parece se lo inspiró. Yo las llevaré a Roma y pediré a Su Santidad me las apruebe, y entonces podrán cambiar el nombre”.

Con esta promesa, figúrese vuestra caridad, cómo me consuela el Señor, en que el Sr. Cardenal, que varias veces procuró en público humillarme, diciéndome delante de todas, incluso novicias, “que no se fiaba de mí hasta que fuese a Roma y consultara, porque temía estuviera chiflada como don Juan Cuenca, no sea que hiciésemos como D. F. con las infantitas, etc... y por eso me quería tener sujeta a su dirección; pues no quería que entre D. Francisco y D. Juan hiciese de nosotras *las sacramentadas...* etc.”

¡Bendito sea Dios!... Este día fue tan fuerte, la prueba, que temí quedarnos deshechas, pues si las monjitas que me siguieron no les hubiese dado el Señor tanto cariño y fe en mí, ¡por misericordia del Señor!, pues nada bueno hay en esta pobre capuchina que, encerrada y olvidada en mis cuatro paredes gozaba más con el Señor, delicias inexplicables, como vuestra caridad sabe, que M. Maestra le contaba mis cinco primeros años, que parecía –después de las grandes tempestades y pruebas con M. Gabriela– el infierno, se desbordaba para echarme de su santa casa, aparecía entonces el Señor a mi alma radiante de majestad y de gloria, y que atraída por una fuerza irresistible de amor fuerte y radiante, dejaba el cuerpo

para vivir con él en regiones tan desconocidas para mí, que volviendo a mi ser natural mi M. Maestra, que me probaba y estudiaba y dirigía. ¡Contaba a vuestra caridad mis caminos! tan extraños y desconocidos como vuestra caridad sabe por ella misma, que fue mi guía y aliento en aquellos momentos que fui despedida por el Sr. Arzobispo Moreno Mazón, y que queriendo obedecer, acepté pasar a las capuchinas de Toledo, donde estaba admitida, antes que entrar en la Compañía de María, donde el P. Hitos me quería, ni en el colegio de la Presentación que acababa de fundar el Sr. Rincón, obispo de Teruel y después de Guadix.

Prefería salir a Toledo con clausura, a quedar en Granada sin ella. Vi los grandes peligros que exponía mi vocación sin clausura. Me llenaba de temores de muerte pudiera encontrarme con el *primo*, que esperaba verme religiosa para irse de jesuita, ¡y yo que le prometí solemnemente que nos juntaríamos en el Cielo! Lloré a los pies de Jesús Sacramentado tantos días y noches, y al fin, compadecido el Señor de mis ruegos, vino en la sagrada Comunión a consolarme diciéndome con voz inteligible y clara como la de la Virgen Santísima el día de su Purificación: “No irás porque tienes dote, aquí te mostrará mi Hijo santísimo lo que quiere de ti”. Y como si despertara de un sueño le dije a la que tenía a mi lado (sor Ventura) ¿quién me habla soror mía?... Me contestó muy serena y candorosa: “Habrá sido el Señor, porque nosotras nada hemos dicho”. Al salir de misa, como vuestra caridad recordará llamó la M. Maestra al Capellán, que era mi confesor, y diciéndole lo ocurrido, me dijo: “Efectivamente hace meses tiene dote, pero M. Abadesa lo quiere para otra, y nos encargó no dijéramos nada hasta que marchases a Toledo”.

Desde aquel día feliz, 2 de febrero del año 1896, me parece, ¡cómo cambió todas las dificultades en bendiciones!, y ¿no fue aquella Madre Santísima la que me libró de aquella prueba entonces durísima para las dos? Consuélese mi amada sor Mercedes, deseche y cúidese para poder seguir la observancia.

Le recuerdo esto, para que piense que si entonces me hubiese

marchado a ninguna de las dos nos hubiese costado tanto el sacrificio entonces como ahora, que es el Señor el que se impone y me manda salir. En la ocasión que después de la grave enfermedad que estuve a morir, me obligaron a aceptar el cargo por tercera y cuarta vez; que me sentía tan atada a esas buenísimas madres y hermanas, que prefería la muerte a dejarlas... Y el Señor, por medio del Prelado, como todas vuestras caridades tienen oído al Emmo. Sr. Cardenal el Viernes Santo de este año 1925, y con el corazón exprimido al pie del sagrario quería expirar en su divina presencia, cuando cogida a la reja le pedía Señor: déjame aplastada bajo estos muros, antes de dar un paso que no sea expresa voluntad vuestra. ¡Dios sabe que la última mirada a la Santísima Virgen de los Dolores me dio valor y energía ¡para coger *la leña* y salir a *consumar mis sacrificios!*... ¡Sus lágrimas, mi querida tía, las llevaba ya en mi alma y cuando subimos al autobús tuvieron que cogerme las tías de D. José López, porque me veían cadáver más que persona servible.

¡Así llegué a Chauchina, donde nos esperaba el Sr. Cardenal y familiares y el Sr. Cura y pueblo con demostraciones de especial entusiasmo y cariño; mientras, yo buscaba dónde reponerme esperando que nuestro Señor que leía en el fondo del alma mi dolor en dejaros, me diría como el ángel a Abrahán... contentándose con la obediencia y que me volvería otra vez. ¡Oh Señor! y como nos amáis queriendo probar nuestro amor diciéndome: “¿para qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo” y entonces le repetía todo el camino aquello del Salmo 118: “Juré y determiné guardar los decretos de tu ley justísima, me entregaré a la obediencia de tu Vicario y seguiré por tu amor y tu gloria, seguiré y permaneceré en estos caminos ásperos”, por ser fiel a la obediencia que por boca de mis Prelados recibo como de tu boca, Señor y Dios mío!

Adiós, corto ya esta carta interrumpida tantas veces y que con tanto consuelo le diría de palabra. Hágase cuenta, mi querida tía, M. Mercedes, que ese Corazón divino que vuestra caridad tanto ama, me confió al Corazón purísimo de María Santísima desde el momento que Vds. al entrar me bautizaron nuevamente cambián-

dome el nombre y allí me encontrará siempre fiel y agradecida,
Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María

5

Chauchina, 1 de noviembre de 1925
Festividad de Todos los Santos

M. R. M. Mercedes de Jesús Crucificado.

Muy amada en nuestro Señor: He recibido las cartas que me envía de esas buenísimas religiosas que me recuerdan y piden les diga algunas palabritas de consuelo. ¡Quién me diese poder llevarlas en estas letras y encenderlas en ese fuego de amor divino que nos da el Señor en este hermoso Tabor... No yo, que como palo seco necesito me acerquen la mecha de los buenos ejemplos de todas estas hijas que ardan... Créame, que Jesús se hace sentir fuertemente en las almas y repetimos aquello de san Pablo: ¿Quién me separará de la caridad de Cristo? (Rom 8,35). Parece increíble lo que nos reservaba el Señor, ¡por un acto de obediencia al Prelado, por un momento de sacrificio, ¡cruento sí!, pues creí no resistir mi corazón el arrancarme de esa casa donde como en taller de esculturas el Señor me tuvo 33 años, poco más o menos, labrando y bruñendo este corazón tan duro y apegado a la casa que me crió, y a las madres que me enseñaron los caminos del Señor! Él rompió las cadenas de bronce que me entrañaban y unían a vuestra vida y parece quiere despojarme *de todo y en todo* para hacerme una hostia con él.

Ayer estuvimos de retiro para empezar el santo Adviento para nosotras, o sea, la Cuaresma de san Martín, y todo el día lo pasamos junto a Jesús dulcísimo y nuestra madre María santísima de los Dolores, y veo venir tantas almas queriendo ingresar, y ya son diez las postulantes que tenemos de muy buen espíritu. Aproveché la venida de un padre capuchino que vino, muy amigo nuestro y muy santo y nos hizo dos pláticas de provecho, nos alentó mucho a se-

guir, que era *obra de Dios muy clara*.

A mí me pronosticó muchos trabajos y persecuciones, que sería molida como el trigo, porque el Corazón de Jesús pedía hostias que se inmolaran con él, fuesen víctimas de reparación y desagravio... Dispuesta estoy a lo que el Señor quiera de mí, a dar mi vida por su amor y su gloria, ¡como él quiera! Él me pide le siga sin condiciones, que me deje del todo en su Corazón purísimo de su Madre María santísima y ella nos ofrecerá con él, hostia inmaculada, en reparación y amor. Presiento un dolor intenso en el alma de los peligros que me esperan... ¡En él confío!

Espero que vuestra caridad se una a nosotras y ofrezca sus espigas a Jesús dulcísimo, que las convertirá en rosas de caridad que recree su divino Corazón sediento de almas adoradoras, que se inmolen cada día. No se amargue M. Mercedes, mi querida tía, vea vuestra caridad cómo el Señor nos bendice y multiplica y si nos pidió esta separación tan dolorosa en el destierro, nos concederá unirnos con él en el cielo donde esperamos nos tendrá un rinconcito bajo el manto de su Inmaculada Madre.

Dígale a sor Filomena que no la olvido, ni a mi sor Natividad, a todas las llevo a Jesús antes de recogerme, no me olvido de ninguna, me uno a todas como si estuviese ahí, me parece todas somos unas, con la única pena de causa de sufrimiento, tan lejos de mi voluntad, deseosa de consolarlas y ayudarlas a todas, como todas me ayudaron a seguir con valor al dulcísimo Jesús, ¡Maestro mío! ¡*Sola la obediencia* a tan santo Prelado tuvo fuerza para dejar mi nido!

Por hoy no me detengo más tocan al coro y querría se llevasen ésta para que con las cedulitas que anoche sorteamos vean mis buenas hermanas no las olvido ante el sagrario y me encomiendo a las oraciones de todas especialmente a las de vuestra caridad que tan estrechamente nos une el amor de Jesús y María y José, nuestros abogados y protectores santísimos,

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María

Diciembre 8, 1925

M. R. M. Mercedes de Jesús Crucificado.

Muy amada en el divino Corazón y nuestra madre Inmaculada María Santísima. Qué recuerdos en estos días de preparación para tan hermoso misterio, que durante 30 años nos uníamos a [...] para preparar su altar con flores y luces que nos parecía aquel coro el cielo. ¡Qué amor y qué entusiasmo sentían nuestras almas en tan hermoso Misterio! ¡Cuántas gracias derramó en nuestras almas nuestra purísima Madre! ¿No me vio vuestra caridad ahí durante los maitines? Ella me concedió asistir en ese coro a los cultos que le tributaban y gocé una hora de gloria. ¡Bendita sea la Madre de mi Dios!

Desde el 8 de diciembre del año 1889 que asistí a los primeros maitines solemnes que con órgano y voces oí rezar por vez primera aquellos maitines en Santa Inés cuando tenía 10 años, se conmovió mi corazón con la fuerza del amor que mi madre nos encomendó a ella al morir, creyeron que alguna causa acababa con mi vida, me impresionaba tanto al verla en el cielo rodeada de una gloria inexplicable a lengua humana. ¡Oh madre mía, Madre de Dios, qué grande eres! Madre mía.

Bueno, y la dejo, ¡estoy tan impresionada!... que no sé lo que escribo. Adiós, mi madrecita, pida a nuestra Reina y Madre María Santísima, que sus brazos purísimos y dentro de su Corazón Inmaculado me lleve a Jesús cuando deje este mundo y vuele al cielo donde deseo vivamente alcanzar.

Ya en Pascua les prometo escribir y lo harán sus novicias que la recuerdan con especial cariño.

A todas cuanto quiera, especialmente a nuestra reverenda madre
a quien le envió mis saludos,
Sor Trinidad

Chauchina, primero de enero de 1926

M. R. M. Mercedes de Jesús Crucificado Hitos.

¡Felices Pascuas!, mi buenísima tía, mi M. Mercedes, y ¡feliz año nuevo!

He recibido con inmenso agradecimiento sus cartas y ricos dulcitos que todas tomaron con tanta gratitud y cariño, como si estuviésemos juntas. Leyeron y releieron sus cartas, con pena que vuestra caridad se adelantara a nosotras, pero Dios nuestro Señor sabe ¡qué recuerdos tan vivos atormentaban mi corazón, acordándome las lágrimas que derramaría con la vestimenta solemne de nuestra Madre Inmaculada! Qué octava al final de sus años le daba el Señor, y no quería escribirle por no renovarle penas, lo mismo las Navidades, que tanto trabajábamos las dos por adornar y dar culto a la Reina de los Cielos en su Inmaculada Concepción y en las jornadas obsequiando a la Sagrada Familia.

No sé ¡cómo me creen en el Tabor, cuando me siento en pleno Calvario! Si mi buenísima madre querida, como a pesar del cambio durísimo de pasar de un convento de tres siglos y medio a una casa pequeña y pobre, aunque nueva sin acabar, todo desordenado, sin el orden y regalos que ahí teníamos ¡en *todos sentidos!*... son tan buenas humildes y obedientes que es un encanto, el cuidado que todas tienen de hacerme llevadera la vida, después de mis años y enfermedades faltándome todo lo que teníamos en abundancia en esa casa bendita que tanto amo.

Claro que no puedo negarle que aun en estas privaciones, cuando todo se hace puramente por *amor de Dios*... el Señor no es mezquino en dar, y lo que materialmente nos falta nos lo da el Señor, supe-

rabundantemente en el sentido espiritual, y cuando miro el coro y refectorio con tantas monjas y novicias y postulantes, en nueve meses de fundación, me lleno de regocijo, y cuando el Sr. Cardenal tan paternalmente me habla de una vida de mayor perfección, cogiendo lo mejor de lo antiguo con lo mejor de lo moderno, si para ello el Señor pide víctima ya le ofrecí mi vida para que su amor fuere conocido y adorado en la sagrada Eucaristía, y no sé ocultarlo, llevo esa comunidad tan amada en el Señor como Abrahán su hijo Isaac, esperando que algún día me volvería el Señor a esa tierra de Promisión donde mi alma gustó el maná del Cielo, en esas tribunas que preparé para vivir escondida con Jesús Eucaristía, ¡ilusión de toda mi vida la sagrada Eucaristía, vivir adorándole *jen espíritu y en verdad!*, vivir donde me colocase la obediencia, en la enfermería, sacristía, ropería, en los mayores trabajos *confiaba* que al lado de una enferma, que en la hornilla de una cocina o en el lavado de ropa, que era lo más duro a mi naturaleza, se me abrirían los muros de la Iglesia y mi corazón y mi alma le adorarían con todo el amor de mi alma, reparando las ingratitudes, olvido y abandono en que le dejan tantas almas.

Así que teniendo a Jesús dulcísimo solemnemente expuesto, creo que éstas crecerán y se harán fuertes para volar a donde el Señor nos envíe, aunque sea a las misiones de la China, a salvarle almas.

Recuerdo que cuando era pequeñita en Santa Inés tenían un cuadro de san Francisco Javier con el pecho abierto y le salían llamas de fuego y quedé admirada y sor Catalina Rico, que me veía tan fija en aquel santo, me preguntó: ¿Qué haces aquí? Y yo toda ignorante le contesté: ¿Quién abriría a este santo el pecho y le pegó fuego? Y riéndose mucho me dice: “El Señor se lo abrió para que llevase ese fuego a los indios que salvó en las misiones”. Yo también querría ir con él pero mi papá de seguro no me deja ir. Y entonces me dijo ofreciese las oraciones, comuniones y mortificaciones por los misioneros y salvaría tantas almas como el santo, y desde aquel [día] ofrezco mucho por los misioneros. Pero ahora aquí veo que sin ir a misiones podríamos acercarle muchísimas almas a Jesús cogiendo

tantas niñas abandonadas que no conocen a Dios, y siento unos ímpetus a veces de disfrazarme y ir en busca de esas almitas que vemos desde aquí en esos campos ofendiendo al Señor. Si nosotras más generosas y sacrificadas diésemos a esas almas unas horas de doctrina cristiana y las atrayésemos con cariño maternal a Jesús, y evitásemos que esas almas pecasen, enseñándolas a amar al Señor ¿no le parece sería una misión hermosísima?

Cuántas veces he meditado la Presentación al Templo de Nuestra Señora. Ese nuestro convento como titular, *lo tenemos en la Iglesia*, el cuadro hermosísimo. Como esa purísima Niña María recogiésemos en su obsequio 15 almitas bajo el maternal amparo de la Niña Inmaculada, ¿no le parece sería el mejor obsequio que haríamos a Jesús y María?

Pues este es el ideal que llevé siempre en mi alma, que las monjitas de clausura recogiesen 15 niñas de 3 años hasta los 15 ó 20, y esas almas llevarían el sello de la maternidad de la Virgen, nuestra madre María Santísima, y Jesús recibiría de ellas el holocausto de su virginidad en su oración ferviente, aplacarían la ira del Señor que diariamente provocan los pecados y deshonestidades en el vestir de las mujeres cristianas sin fe.

¡Bien sabe!... Esto, como vuestra caridad conoce, fue mi tendencia, que las monjas de clausura educaran las pequeñitas cristianamente y a hacer labores y trabajos que ganasen su vida en cualquier estado... y nadie me negó que aquel anhelo de mi alma fuese locura ni ilusión; al contrario, me animaban a ello confesores, padres y prelados a quienes consultaba. Por último, el Sr. Cardenal me prometió ayudarme, como lo hizo. Pida al Señor que sepa darle a Jesús lo que quiere de mí y me perdone y salve.

Sor Trinidad del Corazón de María

Chauchina, 2 de febrero de 1926
Festividad de la Purificación de Nuestra Señora

M. R. M. Mercedes de Jesús Crucificado Hitos.

Carísima en nuestro Señor, mi buenísima M. Mercedes: Agradezco mucho las carticas que me enviaba de felicitación de sor Natividad, Filomena, Purificación, etc., especialmente la suya, siempre triste por lo que le decía de las 15 niñas que darían a Jesús esas almitas que después serían religiosas tal vez... Nunca pensé tomara vuestra caridad en serio lo que yo nunca lo expresé, ni dije a ninguna, sólo a mi M. Mercedes, que me disuadía, y yo quedaba encantada, pues no era inclinación natural mía, pues vuestra caridad sabe, mejor que nadie, la tendencia del Sr. Obispo de Guadix cuando tomó posesión y pensó en su fundación allí, el interés que tuvo por medio de D. Francisco Alcántara en llevarme a su fundación haciéndome maestra y fundadora allí, y me resistí ofreciéndome a nuestra Madre a ser leguita antes de salir y la Madre, Bruna de la Soledad, no me permitió ser lega, a pesar que tanto se lo rogué.

Después sabe la tenacidad con que el P. Hitos que tanto me quería tuvo en llevarme a la fundación que proyectaban de colegio la Compañía de María, y me negué enérgicamente porque no me sentía con fuerzas para vida mixta: temía que el trato con el mundo perdería la *unión con Dios* que apetecía mi alma como único refugio para no naufragar por los peligros que me rodeaban fuera y me parecía que las rejas de una clausura serían mi defensa.

Cuando a los 45 años ó 46 me mandan salir, teniendo mi plan ensayaran en Chauchina las que se prestaban ir, yo toda contenta en quedarme y ayudarlas desde ahí, mientras fuese superiora. Pero el

Señor me pedía la entrega por medio de la obediencia, y cerré mis ojos y me eché en los brazos de Jesús y María y me ofrecí a no negarle cuanto quisieran de mí. Y como no soy capaz de cumplirlo, por lo apegado que siento mi corazón y mi alma a esa vida austera y penitente, hoy que vino el Sr. Cardenal a visitarnos, me habló del sacrificio como si leyese en mi alma las agonías que padecía. Le abrí mi alma, le dije cómo volvería ahí gustosísima en cuanto quedase establecida la comunidad, y acabaría mi vida donde la empecé. Como un santo me oyó, y cuando creía se había convencido me dijo: "Todo cuanto me ha manifestado es lo mismo que me dijo V. en San Antón antes de salir de allí, y como entonces le vuelvo a repetir lo mismo: rompa V. su corazón a los pies de Jesús Sacramentado. ¿No me pide ser su adoradora? Esta es la adoración que Dios le pide, la oblación completa de su voluntad en la de Dios que le pide un perfecto holocausto de reparación y amor. Yo le prometo, mientras viva dirigirla, y como la obra es de Dios, V. irá delante de todas enseñándolas a entregarse al Señor en la forma que la santa Iglesia Romana les dé, yo mismo hablaré a Su Santidad y pediré la aprobación. V. necesita entregarse de verdad y olvidarse de San Antón. Diga conmigo: Señor ahora empiezo a servirlos, enseñame a cumplir tu voluntad, generosamente hoy comienzo. ¡Mucho ánimo! A no retroceder nunca y a seguir a Jesucristo paso a paso. Yo le ayudaré siempre".

Si el Sr. Arzobispo Cardenal, le hablase así, ¿vuestra caridad le parece se resistiría? Yo, con fe no puedo más que seguir a Jesucristo hasta el martirio si fuese necesario. Confío muchísimo en sus oraciones, que me ha de ayudar, y adelante con mis cruces, que no son chicas, a pesar de la fe, fervor de espíritu de estas almas tan unidas y pendientes de la obediencia.

Estoy admirada de las virtudes y fe con que han venido todas entusiasmadas. Una novicia que vino del convento de San Antón, me dijo: "Si las monjas conocieran el fervor y observancia de esta casa de la Virgen de los Dolores, escalarían los muros y los dejarían vacíos". Ya ve, con tantas vocaciones y limosnas, que el compás o

atrio se llena de coches, con ansias de ver terminado el convento hecho con tanto cariño y fe de estos señores Vargas y Marínez Victoria Victoria.

Ayer vinieron los Condes del Padul con el R. P. Roca y Ponsa, Magistral de Sevilla y Rector de los Filipenses, y si viera qué plática me dio de cómo el Señor traza los caminos a las almas que escoge para víctimas de amor. ¡Quedé encantada! Vi que el Señor me manda estos santos, como los ángeles que envía a confortar y alentar las almas, en los caminos de la vida, y así me sucedió ahí cuando estos mismos señores me llevaron al R. P. Ibarreta, maestro de novicios en los PP. Dominicos de Sevilla (me parece que en Arjona o un convento parecido que no recuerdo). Pero este santo dominico que me pareció muy sabio y santo dio a mi alma mucha luz y quedé consoladísima, pues todos coincidían que la obra era de Dios, y en las vocaciones buenas que han venido ¡son prueba de su voluntad santísima! Creo que vuestras oraciones me ayudarán mucho, para que nuestra Madre Santísima imprima en nuestras almas, el total abandono en su amorosa providencia y por eso le repito, no dejen de rezar por su pobre sierva en Jesús María y José que tanto las ama,

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María

Chauchina, marzo, 25 de 1926

M. R. M. Mercedes de Jesús Crucificado Hitos.

¡Que nuestro Señor nos conceda la gracia de imitar a nuestra madre María Santísima en este admirable misterio de la Encarnación, que tanto entusiasmo el alma que siente una chispa de amor de Dios.

¡Oh!, mi querida sor Mercedes. ¡Aquel Fiat! que nuestra Señora dijo al Ángel nos trajo un Salvador, Redentor del linaje humano. Cuántos bienes y gracias llovieron sobre la humanidad entera, ¡el Fiat!, la aceptación con la divina voluntad.

Vuestra caridad, que tanto medita y ama a nuestra madre María Santísima, comprenderá este misterio inefable de amor, y a su ejemplo, muchas almas que la eligieron por Madre y Maestra. Estos ejemplos de humildad de aquella Purísima doncella mereció la grandeza de ser Madre de Dios, cuando el Ángel la saludó y le dio la embajada de ser Madre de Dios.

La Santísima Virgen hará que vuestra caridad vaya reponiendo sus fuerzas y alegrándose que el Señor me cogiera como una pelotita y me invitara a dejarme tirar al fondo del valle como a las alturas de las montañas para votar con más fuerza y caer en sus manos santísimas... ¿Para qué, al fin, darle vueltas a lo que ya ofrecimos a nuestro Señor con tan buenos deseos? ¿No le parece que al cumplir el año, vuestra caridad me ofrezca al Señor para que él haga de mí lo que quiera?

Esta es la voluntad del Señor, mi querida tía, que ofrezcan al Señor el holocausto completo, y que ese incienso que a vuestra caridad gustaba quemar en el altar de la Inmaculada Concepción nues-

tra madre, le recuerde siempre que su sobrinita quiere ser esas ascuas, que el carboncillo de mi corazón lo purificase (el fuego de amor de Dios) de tantas miserias y sirva para que¹

¹ Así termina este apartado

NOTAS
SOBRE EL JUNIORADO Y TERCERA APROBACIÓN^(*)

Las sagradas Constituciones, Art. 93, cap. IX, dicen: “En el juniorado se perfecciona la formación espiritual comenzada en el noviciado”.

1º. Esta formación ninguna como la madre maestra de novicias debe terminar, enteramente independiente del noviciado, teniendo un local apartado de la parte del noviciado donde las junioras puedan reunirse a las horas señaladas (distintas de las del noviciado), en la que la maestra dé las instrucciones y consejos necesarios para la perfecta formación de las junioras.

2º. En el art. 95 del mismo capítulo de las Constituciones dice: “Ninguna religiosa durante los tres años del juniorado está al frente de empleo alguno; pueden sin embargo ser nombradas oficiales subalternas”. Como son perfectas religiosas, aunque no sean directoras ni primeras oficiales, son perfectas religiosas y por lo tanto, aunque en cierta manera quedan bajo la dirección de la maestra en las conferencias, consultas en sus dudas de observancia de votos, de Oficio divino y en el trato con las superiores, hermanas, compañeras de oficio y su actuación en las escuelas, etc... Deben seguir en todo a la comunidad y sumisión, obediencias y licencias de las superiores locales, a quienes desde que profesan están obligadas a su obediencia, sin tener que acudir a las maestras mas que a las horas

^(*) Estas notas escritas al final de este cuaderno undécimo es de fecha muy posterior al resto del cuaderno.

señaladas por las maestras (establecidas ya por la madre General y su Consejo según el número personal al que tenga que atender en el noviciado.

3º. A las junioras sean atendidas siempre por la madre maestra pudiéndola suplir en el noviciado la Vicemaestra, pero nunca con las junioras, a quien necesitan más experiencia y estabilidad de carácter para hacerles comprender mejor la seriedad de vida de mayor perfección que necesitan a comenzar sus primeros pasos a la santidad de vida que nos obliga la profesión de verdaderas esclavas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios.

4º.¹

La profesión religiosa es la muerte de sí misma para vivir con Cristo crucificado, como ya decía san Pablo: "No vivo yo: no más yo, Cristo sólo en mí" (Gal 2,20). "*¡Sed uno!*", nos dice Cristo Jesús (cf. Jn 17,21-23). La solución no es posible sino suprimiendo a uno de los dos. Por eso san Pablo dice "*morid*" (cf. 8,13) y san Juan nos dice: "Conviene que yo mengüe para que él crezca" (Jn 3,30). Y esta doctrina, tomada en la misma fuente del divino Maestro que nos dejaron sus discípulos, *es*, hermanas y madres carísimas, la que os ruego apliquéis a vosotras mismas, es la que desde un principio nos mostró el divino Maestro "*Quiero* que copiéis en vosotras mi vida de víctima haciéndoos una hostia conmigo".

La misma Madre de Dios, el Viernes Santo, metida bajo su manto, le pedía me concediera morir bajo sus miradas maternas y no me dejase salir de allí, y la soberana Reina consolando aquel dolor inexplicable que sentía mi alma pensando me echaba de su casa por indigna... La Señora y Madre Purísima mostrándome su Corazón Inmaculado como una concha de oro se abría delante del sagrario y me decía: "Así unidas a mi corazón quiero ofrecer a mi Hijo santísimo que quiere seáis una hostia con él para ofrecer vuestros sacrificios, pobreza humildad y obediencia a su Eterno Padre en

¹ M. Trinidad pone el número de la nota pero no escribe más.

expiación y desagravio... Sea vuestra pobreza y humildad, la oblación amarguísima que ofrezcáis por los pecadores; vuestro celo y amor, el incienso que con la adoración subirá al trono de Dios altísimo; vuestra entrega humilde y obediente en salvarle almas, el oro purísimo de caridad que él practicó y dejó como herencia a sus amados discípulos que formaron su Iglesia santa. ¡Almas quiere Jesús! ¡Muchas almas! que del calor eucarístico atraeréis a su divino Corazón".

Si esta misión que recibí el año 1913, el Viernes Santo, y repetía el mismo Viernes Santo del año 1925, es la misión de nuestro apostolado que nos dio la transformación de vida, que tanto nos ha costado pasar de lo antiguo, a esta vida nueva, que no acabáis de aprender lo grande y hermosísimo de esta obra de Dios. Jesucristo nuestro Señor elige a sus almas adoradoras que escogió para seguirle en su vida sacramental en apóstoles que extiendan el reinado de su amor eucarístico en las almas de los pequeños pobres, que no conocen a Dios, ni la ruta que han de seguir, porque han perdido la fe y no conocen a Dios, y el Señor nos eligió para madres espirituales que alimentásemos sus almas de la Eucaristía.

¡Cuánto nos honra Jesús confiándonos esas pobres niñas. La educación nos la entrega para salvarle esas almas de los niños tan queridos de su Corazón divino, para preservarlos e instruirlos, a los pobres y abandonados, que son sus hijos más amados, y por otra parte vuestra Regla-Constituciones os da la plenitud de la gracia propia de vuestro apostolado eucarístico, hermosísimo y precioso entre todos los de la tierra. Debemos trabajar con todo el amor de nuestros corazones consagrado al amor y culto del Santísimo Sacramento, dándole nuestro amor sin condiciones ni reserva alguna, tomando en la hora de adoración el fuego para comunicarlo a las almas de los pequeños.

Tanto más estamos obligadas a cumplir nuestras Constituciones que nos da la Ley divina y venís observando desde la fundación a pesar de las vicisitudes y penas que llevamos desde el principio de nuestro Instituto, valientes y fieles al Señor a pesar de las oposicio-

nes y guerra que vinimos sosteniendo desde el principio de esta fundación, nos concedió al fin la santa Iglesia su aprobación en la que intervino personalmente nuestro Santísimo Padre, el Papa Pío XII, que habló con entusiasmo a nuestro actual arzobispo de Granada D. Agustín Parrado en su visita ad Limina, que se interesaba por ella, y más tarde el Emmo. Card. Patriarca de Lisboa lo alcanzó quedando de Cardenal Protector como todas sabéis.

No gozaréis aquí de tanta gloria como las que vengan después de vosotras, pero sí más méritos de tan largos y amargos trabajos como padecisteis. Vuestras sucesoras vivirán del fruto de vuestros trabajos y sacrificios, no lo dudéis; vosotras, desde el cielo gozaréis del crecimiento del Instituto y del número de almas que salvarán. Vosotras vivir con Jesús Hostia inmolándoos con amor ardiente por vuestro amado Instituto que tanta gloria dará al Señor, a medida que vuestra caridad sea más pura y abnegada. Si todavía la Congregación padece desprecios y humillaciones por su pobreza y porque todavía hay cosas indecisas a medio brotar, poco ordenadas por la escasez de personal y las mil dificultades que aparecen, amadla por eso mismo y porque lleva el sello del divino Maestro.

Gloria vuestra será haber vivido sin esplendor y sin lucir a los ojos del mundo, y al ver servido a Dios nuestro Señor en su obra entre dificultades y penas inherentes a la fundación que nació el Viernes Santo al calor purísimo del Corazón Inmaculado de María santísima Madre de Jesús. En el Calvario vimos nuestro camino en la Cruz ensangrentada, y allí con María Santísima, nuestra madre, quisimos beber el cáliz que Jesús compartía entre sus fieles discípulos con su Purísima Madre.

Ya decía un santo fundador a sus hijos: "Tened bien sabido que no se restablecerá el mundo sino por los pobres... el odio hacia los humildes, los que sufren sin Dios, amenaza devorarlo todo como espantoso incendio; urge extinguir ese odio, amasar nuevamente ese barro del pueblo sin fe e infundirle ese soplo de Jesucristo: es preciso llevar los pobres a Dios, y hacer que Dios sea devuelto a los pobres: y esta es vuestra misión. ¡Buscad a los pequeños y dadles a

Jesucristo, Hermano, Padre y Salvador suyo!" (P. Eymard 4ª serie).

Para cumplir fielmente como Jesús nos pide este apostolado, acogeos siempre al Corazón Inmaculado de María Santísima. para que ella en sus manos nos presente a su divino Hijo, para que fortalezca nuestros desalientos en los momentos de la prueba y como rayo de sol recibamos cada día del sagrado viril que conserva la Hostia Sacrosanta que adoramos en el Santísimo Sacramento la ciencia de la verdadera caridad con que ganaremos las almas a Dios nuestro Señor para alcanzar venga a nosotros su reino de amor y paz.

¡Oh madre mía! Vos cuyo Corazón Inmaculado se abrasó en el más vivo y ardiente amor por Jesucristo, vuestro Hijo santísimo y vuestra vida entera no fue sino un holocausto ofrecido al amor divino, hacernos con vuestro Corazón Inmaculado una ofrenda digna al Eterno Padre, agradable con vos, que atraiga el reinado del Corazón de vuestro Hijo santísimo a la tierra; vos, madre mía, al ser elevada a la dignidad de Madre de Dios, no tomasteis más título que el de esclava suya, obtenernos a todas vuestras hijas, presentes y futuras, que hoy os consagro con todo el amor de mi alma, rogándoos humildemente nos alcancéis del Señor esa humildad de esclava, sin la cual no es posible alcanzar la fiel imitación de vuestras virtudes para ser agradables a Jesús vuestro divino Hijo y llegar a la santidad que aspiramos desde el momento que nos consagramos al Señor al hacer nuestros votos.

¡Haced, madre mía, que todas las que han sido llamadas a esta vocación de adoradoras y esclavas de Jesús en la Eucaristía y madre nuestra, sean fieles hijas de vuestro Inmaculado Corazón, y que todas *unidas* en ese espíritu interior de amor y reparación, lo comuniquemos a medida de nuestros sacrificios de nuestra abnegación de los vencimientos y entrega de la voluntad a la vuestra que tenemos ofrecida por el voto de obediencia, que comprendamos el mérito de la obediencia que es tan grato a vuestro Jesús y a vos, madre dulcísima que por su amor aceptasteis a cooperar en la Redención humana.

Madre mía, que un solo corazón una sola voluntad y un solo amor nos identifique y una con vos a Jesús divino a quien sea toda la gloria, alabanza, amor y reparación en este santo Instituto y en el mundo entero, por los siglos de los siglos. Amén.

Día del Jueves Santo del año 1943

Sor Trinidad del Corazón de María

El espíritu que deben formarse desde su ingreso hasta el "terceronado" o última aprobación:

Que la Santísima Virgen, nuestra madre, sea ella el modelo de vuestra vida humilde recogida y aplicada a la vida interior siguiendo a su divino Hijo siguiendo las órdenes de san José, nuestro amado Procurador.

CUADERNO DUODÉCIMO

DELANTE DE MI SAGRARIO EN LA TEMPESTAD

“Toda la vida de Cristo fue cruz y martirio; y ¿tú buscas para ti descanso y gozo?” (Kepis, lib.2, cap.12,7)

Mi primera cuaresma en Chauchina. Año 1926

¡Oh Jesús mío, me habéis hecho comprender desde el principio de mi vocación, que para vivir esa vida de fe que me enseñasteis misericordiosamente, al pedirme *la muerte de mí misma*, y que para ello no había más camino, para vivir según los deseos de vuestro corazón, que la cruz; para hallar la paz interior; *la mortificación*. Segura que en la cruz hallé la salud y la vida cuando fijé en ella por la fe y esperanza que me comunicabais en las ocasiones que con valor me abracé a ella, encontré protección contra los enemigos que luchaban contra mí, en la cruz la fortaleza e infusión de la suavidad divina y el gozo del espíritu y la santidad deseada. Sólo en ella me sentí víctima unida a vos, mi Jesús amado! Amén.

1º. ¡Oh mi soberano Señor, oculto por mi amor en la Hostia santa! ¡Qué lecciones tan elocuentes leo en ese velo que oculta a nuestros ojos vuestra divinidad que adoran los ángeles! Nosotras, unidas en espíritu, queremos como ellos adoraros en espíritu y en verdad, y copiar vuestra vida a imitación de vuestra Madre santísima y nuestra, y del padre san José, los primeros adoradores del mundo al nacer en [el] establo de Belén.

¡Sí, Jesús mío, ya vos mismo os comunicasteis a la seráfica madre santa Clara cuando en su santa Regla nos deja sus encarecimientos de madre en estas palabras admirables que conmovieron mi espíritu la primera vez que las leí: “Y por amor del santísimo y amadísimo Niño, envuelto en pobrísimos pañales y reclinado en el pesebre, amonesto, ruego y exhorto a mis hermanas que se vistan de vestiduras viles” (Regla de santa Clara, cap. 2,6). Y en su testamento vuelve otra vez a encarecernos la santa pobreza como el único ideal de su regla y de su espíritu en estas palabras: “Por amor de aquel Señor que pobre fue reclinado en el pesebre, pobre vivió en el mundo y desnudo permaneció en el patíbulo, haga que su pequeña grey que el Señor y Padre engendró en su Iglesia santa con la palabra y ejemplo del bienaventurado padre san Francisco, siguiendo la pobreza y humildad de su amado Hijo y de la gloriosa Virgen su Madre, observen siempre la santa pobreza que prometimos a Dios y al beatísimo padre Francisco, y se digne alentarlas siempre y conservarlas en ella” (Testamento de santa Clara, 7).

Esta fue la luz o inspiración que el Señor me dio desde el principio de mi vocación, servir al Señor en la vida de humildad recogimiento y pobreza, que después encontré en el convento de capuchinas de San Antón de Granada, que su observancia y buen espiri-

tu me llenó el alma de consolación y de paz. ¡El Señor sea bendito por siempre!

2º. Andando el tiempo en los comienzos de mi noviciado, pues el Señor dispuso para probar mi amor y mi fe me tuviesen más de tres años de postulante, pues temían que mi débil complexión no pudiese observar los rigores, las penitencias que se observaban entonces de rigurosa abstinencia y ayunos sin lacticinios (sólo de pescado, incluso los domingos). Quiso el Señor concederme tan buena salud que pudiese observar este rigor hasta que ocho años más tarde los padres capuchinos nos dispensaron la vigilia, en razón de la extrema pobreza, que resultaba el sostenimiento mucho más costoso que las carnes, y sólo quedó dos días en semana de vigilia, viernes y sábado.

Entonces comprendí que el Señor quería de mí la penitencia del corazón y el desprendimiento de mí misma, y así comprendí exigirme el Señor, desde aquel momento que el P. Ambrosio me aconsejaba la inmolación y entrega de mi misma, haciéndome en todo la pregunta: “¿Quid ad te? Attende tibi. ¡Dios y tu alma! y nada más; Santificate y ya el Corazón amantísimo de Jesús te señalará el camino, te dará la luz y fortaleza para afrontar los grandes trabajos que te esperan. ¡Ama mucho la Cruz! y no temas, el Señor estará siempre contigo aunque todas te abandonen y desprecien no te bajas nunca de ella, que a Jesús no le bajaron hasta después de muerto. Pudiendo él bajarse de ella, no quiso por cumplir la voluntad de su Eterno Padre”.

3º. ¡Tuvo el Señor en los comienzos de mi vida tantos mimos, que hubiese creído hacía con mi corazón, lo que los padres hacen con los niños enfermos que antes de aplicarles los medicamentos amargos que les pueden curar, les dan dulces.

¡Oh mi buenísimo Jesús, cómo me engolosinabas con tantos consuelos en el padecer, que buscaba las mortificaciones y trabajos con ilusión hasta el punto que la madre maestra, extrañada me de-

cía: “Qué extraño es lo que noto en esta soror, no se la ve contenta más que en el trabajo y cuando se la regaña o castiga”. Y al preguntar la madre abadesa y comunidad para la admisión del hábito, les dijo: “Para verla entusiasmada y contenta no hay mas que humillarla, y a las hermanas que más ama son las que más la ejercitan”.

Todo esto lo hacía el Señor con un amor misericordiosísimo, porque de mí *era soberbia*, con un genio *fuertísimo*, propensa a impacientarme siempre, y cualquier cosa mal hecha en las oficinas, labores, etc., sentía los movimientos de ira y propensión a reprender y castigar, que nada me hubiese amansado la fiereza de genio, si en esos momentos el buenísimo Jesús [no] se presentaba a mis ojos con tan grandes atractivos de amor, me pedía: “Atráeme a las almas con mansedumbre y humildad”. En el momento trocaba mi corazón en *blanda cera* y se derretía con solo mirarlo *a él*, tan amable y dulce en la sagrada Eucaristía, me parecía ver sus miradas dulcísimas y penetrantes. ¡Oh mi buenísimo Jesús, cuánto os debe esta pobre esclava!

4º. ¡Tuvo Jesús misericordiosísimo tanto amor a este barro tan quebradizo que me miraba con tantos mimos! ¡Se bajaba tanto para coger esta nada tan antipática!, que un día de limpia general sentía las pasiones con tal fuerza... que si su divino Corazón no me diese gracia y fortaleza para vencer, aquel día hubiese dejado la vocación.

La contrariedad de vivir con tantas ancianas y enfermas, y algunas no tan educadas y finas, como me inclinaban a vivir como en el colegio... y el pensamiento que aquello no cambiaría nunca, me atormentaba... Sus virtudes las admiraba, pero las groserías, que muchas veces la vida de penitencia y pobreza lleva consigo, me hacía sentir tan gran repugnancia que decía para mí: en todas partes se puede ser santa... en el cielo no se verán estas cosas... soy muy joven, yo buscaré vivir vida religiosa que más se parezca al cielo.

¡Qué soberbia y ciega estaba aquel día! Merecía que el Señor me echase al infierno; sentía tan duramente dentro de mí con mis prójimos pobres que me estremecía pensar que aquella vida fuese para

siempre y, como era la única joven novicia, quería acabar pronto aquellas limpiezas que empezamos a las tres, después de maitines (era enero 16) y con un frío horrible nos bajaron de la oración, que hacíamos al terminar maitines, al huerto a lavar los purificadores y ropa de sacristía hasta la hora de comulgar, después de misa y parvedad, a limpiar los coros y claustros para la fiesta de San Antón que tenían jubileo circular.

5º. ¡Oh Jesús mío, cómo hicisteis con mi alma entonces, como los niños cogen pajarillos con liria y quedan pegadas sus plumitas al palito!

Así hacía el Señor conmigo entonces. Me hacía sentir tal fervor y amor en los maitines a media noche, que jamás los dejé por nada, por cansada que estuviese soñaba en la hora de maitines como los niños en los confites, desde que era postulante, pensar en las doce de la noche hasta las tres, ¡qué ilusión!, por ellos solamente hubiese sido capuchina.

En esas horas dulcísimas, *le veía, le sentía, me amaba, me regalaba, me ofreció ser su esposa* y llevarme siempre con él a su lecho, *en su mismo Corazón...* ¡Qué dulzuras tan inexplicables gozaba en dejar el sueño con frío o calor, que no parecerme duro dejar el lecho en lo mejor del sueño y volar a cantar sus alabanzas que comprendía mejor que el castellano, que pasarse las horas en su presencia de rodillas sin molestias ni cansancio, aun estando enferma, me sentía más feliz, que la criatura más dichosa!

Ni sentía hambre con el ayuno, ni dolor en la penitencia, toda la vida ideal... un oasis de delicias celestiales era aquel convento durante doce años.

Sólo sentía disgusto y amarguras insoportables en el trato con aquellas santas, hasta que un día, de enfermera me avisaron que una anciana se había caído, un colapso, y la deja bañada en suciedad. Me entretenía a ver si la compañera encargada aquella semana de enfermería llegaba antes que yo, pero no fue así. Hice un acto de fe y, dominando mi amor propio, le dije: Jesús mío, por vos iré y por ti

haré como si te viese con mis ojos. ¡Ayuda, no puedo si tú no me fortaleces!

Allá, cogí a la enferma en mis brazos y, cuando la tenía sucia, la abracé con el mayor amor. Fue él que hizo aquel acto, es [el] más dulce de mi vida. Cuando a la violencia del olor vomitaba, vi a Jesús junto a mí que dándome a besar la llaga de su mano derecha me hizo sentir tan dulcísima fragancia que la enferma me dijo: “¡Soror mía!, ¿qué perfumes son estos? Vaya, gracias a Dios que le dieron esta caridad, pues yo no podía sufrirlo”. ¿Cómo quedó entonces mi alma? Nunca sabré expresarlo, porque no sé.

Las enfermas casi siempre lo notaban, que Jesús venía conmigo, porque le pedían a nuestra madre que yo las asistiera. A pesar de mi carácter tan enérgico y fuerte gustaban las cuidase. Como eran viejecitas las seis enfermas que tuve impedidas, necesitaban las tomase en brazos para sus necesidades, y decían no les hacía daño, que las levantaba como una pajita, a pesar que yo era muy delgada y flaca, porque era Jesús dulcísimo y divino el que venía al lado mío, y como le veía todo fervorosa y ardiente, veía en las enfermas perlas preciosas que codiciaba a toda costa, porque en cada acto veía a Jesús colocarme en mi cuello una perla *preciosísima*. Y yo no perdía ocasión de practicar la caridad con un amor que él me daba tan grande, que no cedía a ninguna mis trabajos, escogiendo lo más penoso y difícil, porque era mayor y más rico el premio que me daba el divino compañero.

¡Oh Jesús mío dulcísimo, así me engolostinaste y me regalasteis con las finezas de tu amor con tal extremo, que en la cruz busqué ansiosa, mi tesoro, mi vida y todo el amor de mi alma!

¡Bendito sea su misericordiosísimo Corazón para con su pobre esclava y sierva! ¡Bendito sea!

6°. El divino Esposo cogiéndome en el monte de la mirra toda afanada, se escondió... dejome como sola y ya no le veía con la hermosura y finezas que otras veces... vinieron las tinieblas de la noche... y me horrorizaba pensar en vivir aquella vida... ¡Se acabó

la confitería y empezó para mi alma las tempestades más horribles que me duraron diez años. ¡Oh Jesús mío, bendito seas! Amén.

6°, 1ª. Enferma, una santa religiosa que fue la que se oponía a que fuese religiosa, era penitentísima le llamaban San Pedro Alcántara, ayunaba diariamente y muchos días a pan y agua, era observantísima de la santa Regla y no permitía a su cuerpo ningún alivio, siempre estuvo de rodillas en el coro muchas horas, era ejemplarísima.

Aquella cuaresma cogió una tisis de intestinos tan fuerte... duró cinco meses en mi enfermería. Como sólo tenía 19 ó 20 años; la madre abadesa encargó a una religiosa mayor la cuidase, pero la enferma pedía y suplicaba a la madre volviese sor Trinidad a cuidarla, pues la que encargaron estaba delicada y no podía limpiarla ni moverla sin grandes molestias.

Enfermó¹, y yo pedí a la madre abadesa encargarme, pues no tenía aprensión. ¡Tenía tantas pruebas de ver a Jesús en el enfermo, que esperaba en aquella obra de caridad, mayor que todas las anteriores, ver el cielo abierto, cuando cogía su cuerpo ardiendo en unas fiebres altísimas quería ver a Jesús... Pero parecía se escondía en aquella ocasión. Qué sequedades, que no sentir a Jesús, ni humanas ayudas, consuelos sensibles... llorando muchas veces y agobiada de trabajos y penas me iba de noche al coro y cogida de la reja le llamaba: ¡Ven Jesús mío, que si no te siento en mi alma desfallezco! y me volvía esperando verle. Pasaron la cuaresma entera sin alivio ninguno sensible...

Claro que aquella fe amor y esperanza venían de su dulcísimo Corazón, pero era tan flaca que me rendía a veces, y me quejaba a la Santísima Virgen, mi dulcísima Madre de los Dolores, que se veneraba en la escalera grande, y de noche, antes de recogerme y avisar a la veladora para que llamase a las monjas, iba a ofrecerle los trabajitos y obras de aquel día y le pedía que se los presentara a

¹ La enfermera encargada.

Jesús y me concediera sentir antes de mi muerte lavara mi alma de toda mancha antes de morir, y me retiraba contenta como si me lo otorgase, y me retiraba tan contenta que todos mis cuidados los dejaba a mi Madre Santísima y ella como mi madre, me alcanzaría volviere su Hijo santísimo su rostro misericordiosísimo hacia mí.

7°. Llegó el Jueves Santo y [en] la enferma crecían sus fiebres y demás, añadiendo el Señor a su enfermedad otros trabajos mayores de espíritu, hasta tal punto que entré en temores de muerte, y me decía: si así Señor tratas el leño verde ¿qué será del seco? Comparaba aquella vida ejemplarísima de virtud y penitencia y me llenaba de temor... Entonces me parecían ya pocos todos mis trabajos y acepté las sequedades y pruebas por amor a Jesús dulcísimo.

Aumentándose de día en día la enfermedad, crecían mis trabajos con resignación por amor de Dios, hasta que el día de la Ascensión, cambiándole de ropa me echó un vómito que me cubrió el hábito de pies a cabeza, y con las manos llenas volví mis ojos a Jesús, que teníamos un cuadro Crucificado, y le dije: ¡Por tu amor, Jesús mío!

8°. Entonces, me pareció verlo lleno su rostro divino radiante de gloria y que de su sagrado Corazón salía como un volcán de fuego que abrazó el mío, dejándome sin sentido. Entonces creyeron debía retirarme de la enferma. Referí a mi reverenda madre abadesa la violencia que sentí ¡y el regalo que me hizo el Señor en aquel momento dichoso! Y me concedieron seguir.

Ya desde entonces, después de más tres meses de pruebas y sequedades, Jesús me ofreció acompañarme y ayudarme y la enferma le decía a la madre abadesa: madre mía, el Señor mitiga mis angustias con esta enfermera que me coge como una leoncilla y me limpia y traslada sin dolor alguno, en cambio cuando vienen las otras no puedo resistir el daño que me hacen.

9°. ¡Claro, era Jesús quien me ayudaba, y sostenía mis brazos, porque la enferma parecía de plomo, aunque no tenía ya más que los

huesos. La agonía fue larguísima y penosa, no se la vio mas que sufrir sin humanos consuelos... pues, [el] 24 de junio cuando murió, la comunidad no podía asistir, como a todas, por estar separada, y el calor hacía insoportable la estancia. ¡Aquella alma privilegiada del Señor, voló al cielo!, no me cabe duda.

10°. Quedó el cadáver preparado, cuando lo bajaron se oyó un oficio solemne cantado por los ángeles que rodeaban su cadáver, mientras estuvo de cuerpo presente estuvo su alma en el Purgatorio, y cuando le daban sepultura, varias de las presentes oyeron el "Audiui vocem..." que al responder *a coros*, los ángeles con los santos de la Orden que contestaron. Me hizo tal impresión aquella gloria hermosísima que aquella pobre monja recibió después de una enfermedad y muerte tan angustiada, que ella agonizando ya y echaba de menos a las religiosas, que ella acostumbraba ver junto a la cama de todas las enfermas, me decía con un profundo dolor y resignación, mirándome: "Así morirán los leprosos ¿verdad sor Trinidad que cuesta no ver a las monjas?" Yo la consolaba mucho animándola que ya vendrían, por ser muy fuerte el calor le temían subir... y que el Señor la amaba tanto que quería purgar sus faltas en aquella tan penosa enfermedad, besaba dulcemente el crucifijo repitiendo: "Bendito seas Jesús mío, soy toda tuya, ten misericordia de mí".

Así murió sor María Antonia del Espíritu Santo, de 52 años.

11°. Pasaron aquellos primeros años de escuela, y [de] las ancianas admiraba su espíritu de penitencia y de mortificación tan grande, que en la oración y examen, me veía tan lejos de imitarlas, que, llena de temor, me veía tan lejos de practicar aquellas virtudes, que buscaba permisos para penitencia y no me concedían mas que los de regla y sentía una sed de penitencias que la mayor mortificación era no hacerlas. La madre abadesa me decía: "Jesús te quiere más humilde que penitente; haga todo lo de regla y cuando sientas deseos de grandes penitencias ¡*véncete!*, humíllate mucho; cuando te ad-

viertan o reprendan recíbelo con sonrisa interior, mira a Jesús, que él entonces te dará gracia para creer que los que se vencen a sí mismos entrarán en el reino de los Cielos”.

Aquella santa abadesa parece que quería hacer de mí una víctima y me ejercitó mucho en negarme el gusto, aun los más santos, y a esto creo, debo las dulzuras inexplicables que mi alma sentía de ordinario en la meditación de la Pasión, pues sola la consideración de Jesús en el huerto me llevaba el alma junto a él queriendo participar de su agonía y sudor de sangre, y a veces se dejaba sentir su amor tan intensamente que me sentía sin vida, y como nada oculté nunca a mi madre abadesa de cuanto me ocurría, ella temía me pudiese tuberculosa por no poder resistir mi corazón aquellos ímpetus de amor a Jesús paciente.

En estos años primeros de mi vida religiosa vivía *tan feliz, la obediencia era mi norma*, sentía que Jesús me pedía negarme a mí misma y seguir en todo la obediencia y no sentía violencia en obedecer, aunque las obediencias fuesen tan penosas como el asistir una enfermedad contagiosa y repugnante, o lavar de noche y con frío quebrando con la mano el hielo, velar, etc. De mi cuenta nunca pude prestarme a ello, por creer perdería la salud y me haría inútil. Si la obediencia me indicaba que convenía ayudar a tal o tal trabajo, sentía que con el Señor lo podía todo y entraba en el trabajo por penoso que fuera con toda la fuerza de mi alma y alegría de mi corazón, pues allí tenía fe, que daba gusto a Jesús, a quien deseaba servir y amar con todas mis fuerzas.

Quince años viví pendiente de la obediencia, y fueron tan sabrosos los frutos de la obediencia que pedía en mis oraciones al Señor me concediese obedecer siempre, pues la paz que sentía obedeciendo me daba fe, que obedeciendo subiría al cielo, pues no tendría el demonio de qué acusarme, y el dulcísimo Jesús me abriría las puertas de su misericordia.

A la madre abadesa le pedía me concediera ir a los oficios siempre de menor. Aunque la oficiala mayor tuviera muchos años o enferma o de mal genio no me importaba, le decía: madre, sor fulana

(que ninguna la puede sufrir) démela vuestra reverencia a mí, si le parece, que me gustan las ancianas, aunque me den más trabajo *¡se obedece con más mérito!*

En un oficio, sacristana, me pusieron dos compañeras delicadas y dificultosas de carácter. Ya en la enfermería nos enseñaban a vencer las repugnancias y antipatías, que por amor de Dios se llegaba a buscar estas ocasiones de vencerse a sí mismas por amor de Dios; pero yo como tenía mucho genio y muy soberbia naturalmente, lo que más me costaba es vivir con personas de pocas luces o de educación menos esmerada. Para esto tropecé con violencias, a veces imposibles de vencer. Eran dos compañeras de grandes virtudes, de carácter expansivo y hablaban mucho y me distraían de continuo la presencia de Dios que llevaba cada día. Interiormente sufría horriblemente, y en cierta manera andaba mal ejemplada de oírles charlar tantas tonterías, me parecían chifladas todo inútil e inofensivo, pero me costaba tanto vencerme y sonreír, que así me lo mandaba el confesor, *sufrir y sonreír*, cuando ofrecí al Señor vencerme en la obediencia.

Un día sentía agotarse mis fuerzas y salí de la sacristía resuelta a dar cuenta de mis angustias a nuestra madre abadesa, al bajar la escalera grande y saludar a la Santísima Virgen de los Dolores, mi dulcísima madre, sentía que la culpa era mía, que pedí me llevasen con mayores, aunque fuesen enfermas y chifladas, y que veía triste a mi Madre Santísima a quien recurría en mis penas, sentía que la Santísima Virgen me pedía *la imitase en sus virtudes* y en sus penas, y me parecía oír aquellas palabras del Magnificat “quia ancilla humilis...” y ya no quería buscar el consuelo en las criaturas, deseaba encontrar un rato con mi divino Jesús, unir mi oración a la suya en Getsemaní y beber el cáliz.

Suspiraba terminara el refectorio yirme a limpiar los coros para estar un rato con Jesús y pedirle perdón. Entré en el coro bajo a rezar la estación y sentí me llamaban al tiempo de besar el suelo frente a la capilla de nuestro padre Jesús Nazareno.

¡Qué sorpresa Dios mío! Era Jesús el que me llamaba y le vi

venir a mí, *hermosísimo* y divino como Dios y Hombre, le acompañaban san Pedro, san Juan y Santiago y una muchedumbre de gente pobre y grosera que no le dejaba andar, ni me dejaban acercarme a él, yo lo intentaba con todas mis fuerzas, porque miraba su rostro divino que me llamaba y oía su voz dulcísima que me llamaba... y no había medio; y en un arranque de fervor le dije: Señor si tú quieres puedes retirar esta gente, que me hagan lado... yo, como no tomé un palo, no puedo retirarlos de ti.

Jesús, lleno de amor y misericordia, llevando su mano benditísima a su Corazón, me dijo: "*Quiero* aprendas mi ejemplo con los enfermos desgraciados y ineducados... todos son mis hijos y mis hermanos, todo el que sigue mi ejemplo y cree en mí, *es amado de mí*. Aprende la humildad y mansedumbre de mi corazón; siendo humilde te vencerás a ti misma y atraerás a mi Corazón muchas almas, y me darás en este vencimiento de ti misma la mayor prueba de amor, con mucha gloria".

Salí de aquel coro bendito curada. Jesús dulcísimo curó mi soberbia, y ya no tenía que esforzarme en vencerme, iba tras las ocasiones más repugnantes, porque Jesús dulcísimo me había mostrado su Corazón inflamado todo de amor, y me mostró claramente cuánto le agradaba la humildad de corazón en las almas consagradas a su servicio, y apartaba *de sí* a las soberbias e inobedientes.

Aquella oficina que me atormentaba tanto por el choque interior de caracteres y modo de ser de las dos, desde aquel día fue para mi alma "la oficina predilecta", no ya solo por los consuelos que experimentaba en arreglar y servir al Señor Sacramentado, limpiando y preparando los cálices y cuantas cosas servían al santo sacrificio de la Misa y Eucaristía, que eran los ratos de mayores deleites y dulzuras espirituales, pensando que allí bajaba Jesús divino, era inmolado y ofrecido al Eterno Padre como víctima de amor por nosotros y yo quería encerrar mi corazón en el copón, en los corporales en la patena como pequeña partícula pegadica a la sagrada Hostia; le pedía me admitiese su pequeña víctima y me ofreciese con él al Eterno Padre.

Entonces empezó para mi espíritu una nueva fase de vida, y parecía pedirme el Corazón de Jesús dulcísimo una vida de más vencimientos y de más amor... y se me hacía tan agradable y dulce el trato con aquellas personas más idiotas o indiscretas, que hasta entonces se me hacían insoportables.

El Señor, que se complacía tanto en estos vencimientos, permitió enfermasen tanto las dos compañeras, mucho más la mayor, que la oficiala mayor me encargó de todas sus atribuciones y trabajos, como la de bajar y subir la custodia todos los días de jubileo y exposición mayor, que lo había tan frecuente entonces, meses de tener 15 días de jubileos concedidos además de los circulares, y yo orgullecida como una dama del divino Esposo, subía abrazada con el tálamo del Esposo amantísimo de mi alma y sentía cómo aun en el destierro Jesús recompensa superabundantemente los pequeños sacrificios hechos por su amor. *¡Bendito sea! ¡Amor de mi alma!*

Ya podían hacerme ejercicios de paciencia aquellas buenísimas compañeras "de la oficina predilecta", que el divino y dulcísimo Jesús venía a mi alma en medio de las turbas y mirándome amoroso me repetía: "Aprende de mí a ser mansa y humilde de corazón". ¿Cómo no seguirle con la ayuda de su gracia divina?

Hasta muchos años después que me decían algunas religiosas que me amaban mucho: "Madre, cuánto ha cambiado vuestra reverencia desde que fue sacristana. Antes tan seria siempre y despegada y ahora tan dulce y prudente, que me la llaman las mayores 'la abadesa prudente'".

¿De dónde vinieron las uvas dulces a un espino tan brusco y pinchado?... ¡Oh Jesús mío dulcísimo! De vuestro Corazón adorable escuela de obediencia y de humildad... que se dignó misericordiosísimo abrirse a mi pobre alma y tomar de aquellos divinos y dulcísimos confites la miel de vuestro Corazón. *¡Bendito seas... Jesús amantísimo, delicia de mi alma y amor único de mi vida! ¡Bendito seas! ¡Jesús dulcísimo!*

Mas tarde, muchos años después en Chauchina, me volvió Jesús a llamar, a su divina escuela y allí ¡oh amor de mi alma! me disteis

lecciones sapientísimas de amor y humildad, y me disteis vuestra Purísima Madre *por madre y superiora y maestra de las futuras capuchinas víctimas eucarísticas adoradoras de vuestro santísimo Hijo.*

Madre mía, Virgen Santísima, Madre de Jesús, dame tus lágrimas, y tu amor y tú me iluminarás en los pasos de mi vida para que vaya a Jesús por tu mano purísima. Madre mía, bendícenos a todas, presentes y futuras, ya que oyendo la voz dulcísima del divino Maestro le seguimos, con vos recurrimos al calvario de la vida presente y cogida de vuestra mano, por vuestro corazón inmaculado, seamos presentadas con vos en el divino tribunal que por vos sea juzgada con misericordia y lavada con la Sangre de Jesucristo, vuestro Hijo, y por vuestras lágrimas dulcísimas, merezca unirme a Jesús y a vos eternamente. Amén.

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María
Chauchina 29 de noviembre 1928

¡Oh mi Jesús! que [tienes] tanto amor y misericordia para conmigo. ¡Bendito seas, quiero amaros! y cuando me mostráis el horno abierto de vuestro Corazón adorable, vivo en un intenso dolor porque no acabo de perder el temor de ofenderos... y de arar mis caminos tan sellados con tu Sangre divina.

Esta mañana contestando a las angustias de mis tinieblas en noche oscura me llevasteis con tanta misericordia [a] aquel campo espinoso que con tanto amor labraste en mi alma cuando en mi noviciado le reveló a mi santo director P. Valencina, en sueños, que nadie se atrevía a labrar por parecerles piedra dura, y vio que mientras araban la tierra los ángeles echaban simiente y cantaban los dos versículos "Euntes ibant et flebant" (Sal 125,6).

Este día cargada de cruces, años, enfermedad y trabajos, en noche oscura, sin humano consuelo, me mostráis este campo lleno de frutos con muchos operarios cogiendo las mieses... y cuál fue mi espanto al ver que mi seráfico padre san Francisco, como Patrón, repartía aquellas mieses a muchos santos que allí estaban: san Benito, san Bernardos, san Jerónimo, san Antón, san Agustín, santo Domingo, san Juan de la Cruz, san Francisco de Sales, etc., y cómo extrañada de aquella corte de gloriosos patriarcas esperasen del pobrecillo de Asís aquellos frutos.

DE LA NADA AL SER

“¡Dios mío y Señor mío, vénganos vuestro reino! Hágase vuestra voluntad así en la tierra como en el cielo”.
¡Ave María Purísima! *en gracia concebida!*

Notas Por obediencia

En una pequeña aldea de la Vega de Granada *Monachil*, vivía en el santo temor de Dios cristianamente un piadoso matrimonio en la paz del Señor. Labradores con una desahogada fortuna que les hacía vivir y educar a sus hijos con todas las comodidades de una familia que vive de sus rentas, sin preocuparse más que de la cristiana educación de sus hijos en el santo temor de Dios. Estos fueron mis abuelos maternos con quien viví los pocos años en el siglo a su cuidado.

D. José Hitos la Fuente y D^a Josefa Linares Arboleda tenían seis hijas y un hijo.

La mayor, llamada Rita, casó y quedó viuda a los dos años con un hijo, que nació unos meses después de muerto su padre y la abuela lo acogió por hijo, lo educó, estudió en el Seminario, se hizo jesuita y murió en olor de santidad. *Este fue el primer nieto*, P. Antolín Hitos, S.J. Como volvió a tomar segundas nupcias tuvo otros, dos hijas, que la mayor fue religiosa clarisa en el convento de la Encarnación de Granada. Después de la R. vino con R. de la S. C. a nuestra casa de Berja (actualmente abadesa en el convento casa noviciado de Braga (Portugal).

La segunda, hija llamada María de la Paz, la dotó el Señor de tal hermosura y raras dotes de virtud y talento, que temiendo algún peligro que manchara su alma la encomendó a una hermana suya (de mi abuela), que era religiosa clarisa en el convento de la Encarnación de Granada, donde después de educada, pidió ella ser religiosa, que lo fue observantísima y murió de abadesa después de haber reformado aquel convento y de clarisa de Guadix que le encomendaron.

La tercera hija, llamada Prudencia, casó viviendo una vida consagrada a Dios con una penitencia extraordinaria que su confesor dijo que muchas religiosas la envidiarían (si en el cielo pudiese haberla). Esto se lo oí yo varias veces al párroco, porque me unía mucho con mi madre, para sus ejercicios de piedad estaban juntas, que hacían mucho el ejercicio llamado “de madre antigua” y cuando hacían las penitencias se iban a un oratorio o cuarto que tenían en la casa con la Sagrada Familia con su lámpara encendida día y noche. Tuvo seis hijos, dos sacerdotes, el menor jesuita, y una monja clarisa en el convento de la Encarnación.

La cuarta, llamada Filomena, fue mi madre, de alma tan sufrida y prudente llevó su vida cortísima, pues murió a los 38 años dejándonos siete, el mayor con 14 años y el menor 30 días, y murió como una santa que algo podré decir a su tiempo.

Quinto el hijo José, que quiso darle carrera y no pudo, no estaba bien de salud, muy cristiano educó a sus hijos, y dio al Señor dos religiosas, una capuchina en San Antón, y la segunda clarisa en la Encarnación.

La sexta, llamada Rosa, tuvo seis hijos, una religiosa dominica, y todos muy piadosos.

Y la séptima, llamada Mercedes, cuando se preparaba todo para el matrimonio, que ambas familias les parecía una bendición de Dios, el Señor trocó su corazón cuando oraba delante de la amada Patrona, la Virgen de las Angustias, lloró mucho y pidió a sus padres la llevaran al convento de capuchinas de San Antón, en donde la llamaba la divina providencia se consagrara al Señor para siem-

pre.

No dejó de contrariar grandemente a la familia que no le puso obstáculo por creerlo una vocación extraordinaria, pues decía (la abuela) no la pudo hacer ir a ver a su hermana y tía a las clarisas de la Encarnación, porque no quería la metiesen dentro, y de la noche a la mañana quiere encerrarse en el convento más austero y estrecho. ¡Oh juicios de Dios! ¡Bendito sea!

Esta es mi tía la que en el convento ejerció mi vocación queriéndome enviar a otra parte que trabajase menos.

Queda explicado el por qué mi abuela cuidó de mí, como del primer nieto el P. Hitos, decía: "Son los dos únicos nietos que han vivido en mi casa". A pesar de quererlos a todos lo mismo, ella sintió que el P. Hitos (y Mercedes 12 años después) los educaría y tendría hecho un buen servicio al Señor, pues temía que en casa de mi madre, con el extremado amor de ellos a la primera niña, pues los tres primeros eran varones, y pidieron mucho al Señor viniese yo, mi misma madre que conocía mi condición traviesísima que no dejaba vivir a nadie tranquilo, por el carácter vivo y fuerte que hacía andasen todos pendiente de mí por las travesuras que hacía a mi madre en la cocina, en el comedor, en el cuarto de costura le quebré la máquina tirándola al suelo porque no alcanzaba a coser el vestido a la muñeca... y no sé si tendría 3 ó 4 años de edad, y mi abuela por aliviar a mi pobre madre de este tormento me llevó consigo, y ella de carácter entero y de una piedad poco común en una mujer, que sus nietos después la llamaban la mujer fuerte, domó la pequeña leoncilla, pues le hacía grandes travesuras, como fue un día mientras se fue a misa. Me dejó con la criada encargándole no me dejase sola y por socorrer a una pobre que llevaba un jarrito pidiendo aceite abrí un depósito que tenía no se las a. (pues en los bajos de la casa tenían una fábrica aceitera) y como abrí el grifo con mucho trabajo, después no lo pude cerrar y se vació todo ¡cuándo avisaron a mi madre que como era tan buena llorosa se encomendó a la Sagrada Familia y entrando descalza con una cubita en aquella sala que era un lago de aceite lo recogió todo y cuando mi abuelo, que

era hombre de mucho carácter, vino a la casa no lo advirtió ni dijo nada... y después oía a mi madre decir a mi padre: "¡qué milagro nos hizo la Sagrada Familia hoy, sino es ella la travesura de la niña nos sale carísima, ¡gracias Dios mío que así nos favoreces!" La abuela en lugar de castigarme me escondió para que mi madre no me castigara como merecía ¡Dio sea bendito!

Así mi niñez fue deliciosa, me sentía amada de cuantos me rodeaban, me decía me parecía a mi madre y compartían conmigo el respeto y amor y simpatía que por ella sentían. Sólo mi madre fue entera y nada de mimos, me castigaba mucho y me enseñaba a amar y conocer a Dios en todas las cosas, ver la mano divina que nos guiaba al cielo, dándonos educación, medios y doctrinas muy santas de la santa Iglesia y libros santos para sacar, aún de los males medios de santificación y de alabanza a Dios nuestro Señor y a nuestra Madre dulcísima y san José a quien nos tenía consagrados desde el momento de nacer, especialmente a mí que me repetía con frecuencia: "ya presentía que esta niña sería mi preocupación, pues es la que más fuerte vino". Estuvo a morir, pues me decía que el Sr. Cura al bautizarme y decirle tenía tres días les dijo a los padrinos: "Creo que así es, aunque sus apariencias son de más de tres meses". La abuela materna, que fue mi madrina, decía que nadie podía creerlo por lo fuerte y despierta que estuve.

Dios sea bendito que se valió de este gusanillo miserable para traer la paz y alegría a la casa, pues mi madre sufría y pensó divorciarse si mi padre no se retiraba de la milicia, pues él quedó después del servicio militar de guardia civil, y mi madre quería se retirase y dedicase a sus pequeñas fincas que le daban más producto, le tenía mas padre de sus hijos y gozaba de más paz.

Esta lucha llegó a ser una realidad antes de yo nacer. Mi madre se vino con sus tres niños a casa de la abuela y dijo no saldría más de ella. Todos sorprendidos llegase de Guadalajara el mismo día y hora de mi nacimiento como si le hubiesen enviado un propio; decía él muchas veces a la familia, cómo no queréis sea de todos mis hijos la más querida, si antes de nacer me avisó como un ángel de paz que

en las mayores penas de mi vida, que me viera solo y abandonado de los seres más amados de mi corazón, lejos de mi casa y país, “me vino ella, sin duda me la envió el Señor –decía un día a la madre abadesa del colegio donde ingresamos mi hermana pequeña y yo a los 10 años, Santa Inés-. Turbado y desesperado sin saber que hacer entré en una iglesia que encontré abierta y como mi costumbre rezar todos los días a la Virgen Santísima, a quién amé con gran fe desde niño, y entré, me sentí feliz, pues la divina Madre de Dios me daba en mi primera hija la solución de todos mis problemas: unirme con lazo indisoluble a la que me dio ella por compañera y ángel en la tierra”.

Así hablaba mi pobre padre en aquellos momentos de dolor que mi madre dejaba la tierra para subir al cielo dejando sus siete hijos pequeños confiados a su madre de una manera especial sus dos niñas; Mercedes era su preocupación y en sus últimos encargos, y sus últimas palabras repetía: “Cuida mucho a mi Mercedes, madre mía, y eduquela Vd. misma, me da miedo de los colegios, que pierdan la inocencia con otras niñas sin temor de Dios. Aquella madre mía vivía con un santo temor de Dios que parecía una santa.

Dios nuestro Señor aumente su gloria en el cielo y por ella nos conceda amarle y servirle como nos enseñó, y nos veamos todos en el cielo. Amén

5

NOTAS

Día de los Santo Reyes, “Epifanía”. Qué hermosos misterios de nuestra sacra santa Religión. ¡Bendita sea!
¡Vénganos vuestro reino, Señor mío y Dios mío, vénganos vuestro reino! ¡Vénganos Señor y Dios mío vuestro reino!
¡Hágase vuestra voluntad altísima! así en la tierra como en el cielo. Amén.

¡Oh Jesús mío! Ayer tarde a la hora de cantar maitines de Epifanía con exposición solemne, privilegio que conservamos de nuestro convento de capuchinas de Jesús María de San Antón, recibí una carta de mi santo padre capuchino, que a penas si me conoció en Porto, en visita, y que de todos nuestros padres es el que con mayor interés nos aconsejó y ayudó en Porto para el cambio de casa, etc., y sigue con sus pláticas ayudando mucho a aquella comunidad, de quien tantos consuelos recibe mi alma. ¡Dios sea bendito!

Desde postulante por los años 93 ó 94 del siglo pasado, me mandó mi primer padre espiritual R. P. Ambrosio de Valencina escribirse los beneficios que recibía del Señor y sus inspiraciones y como correspondía. Muchísimo me costó obedecer, porque encontraba tan grandes miserias que confesar, para justificar las continuas misericordias del Señor, para guardarme de las furias del demonio, que desistía o escribía muy poco. Tan grande fue mi soberbia y amor propio, que no sabía ni gustaba escribir más que las dulzuras del amor de Jesús con mi alma y ocultaba mis pecados e ingratitudes.

Quince años después, el confesor me mandó quemar mis escri-

tos, porque conocía mi mucha soberbia y quiso probar mi obediencia, quise obedecer *ciegamente*, quemando hasta las cartas preciosas de nuestro santo padre Ambrosio en donde me mandaba escribirle todos los meses cuanto el Señor me hiciese sentir (entonces me decía le ayudaba mucho porque empezaron a escribir “las de Sor Margarita” y estaba terminando las cartas de “Teófila”, y en las flores del claustro). Me intimó más le ayudara con mis cuentas de conciencia y, claro, la dirección de aquel santo, que vivía más en el cielo que en la tierra, me hizo grandísimo bien su santísima doctrina y consejos de vida espiritual.

Me parece que el Señor se valió de aquel santo varón para que perseverara fiel a mi primera vocación. Cuando el demonio intentó echarme de tantas maneras, y el buen padre me hablaba de los encantos y delicias de la cruz y de los sufrimientos, que llegué aficionarme tanto a las humillaciones y desprecios, que el día que no tenía alguna pena fuerte o trabajo, iba a la reja del coro y le lloraba recio, quejándome que me tenía olvidada mi Jesús, y me moría de hambre, pues me faltaban los frutos de su cruz bendita, que nutrían mi alma más que la leche de consuelos divinos de otras veces.

Así parece que me engaña delicioso divino, aquel santo con las delicias de amor que siente el alma en padecer humillaciones y desprecios por amor a Jesús y me repetía cuando le decía el mucho amor a Dios que sentía en la oración: “Hijita, obras son amores y no buenas razones; creeré que amas a Jesús, cuando te vea morir con Cristo-Jesús perseguida abandonada y alegre, sin quejas, sin murmuraciones, gozosa de padecer en silencio la muerte misma si él lo permitiera, ¡el martirio!”

Con estos alientos y ayuda, y de mi santa maestra, que era un alma humildísima, sumisa y identificada con madre abadesa, que concedió el permiso, escribí cuanto el Señor me concedió poder expresar lo que entonces sentí con todo el ardor de mi alma que ardía en deseos de santidad.

Pero al escribir quedaba tan seca y sola, que no podía encontrar a Jesús, como lo sentía, cuando a solas con Jesús solo mi corazón

ardía en deseos que él me daba de padecer los dolores de su pasión y muerte para probarle mi fidelidad y amor. Si escribía aquellos sentimientos y luces especiales que del Señor recibía, quedaba el alma así, como queda un hambriento en la mesa abundante y rica y le mandan no comer.

Manifesté muchas veces esta prueba y resistencia durísima a escribir mi diario, y entonces el buenísimo padre me dijo lo hiciese los domingos, una hora, y ya no fue tan violento el sacrificio y la obediencia me fue suave, y casi me ayudaba más. Así continué hasta que me dieron el oficio de enfermera, después volví a reanudar por nuevo mandato siendo sacristana, que el Corazón dulcísimo [de Jesús] me aficionó tanto a la “*oficina predilecta*”. ¡Oh!, entonces Jesús dulcísimo, que me cargó de un trabajo superior, con dos compañeras mayores y enfermas a quien tenía que *atender y suplir*, con carácter y edad tan distintos, se me hubiese hecho insoportable la carga dado mi carácter fuerte e impetuoso, naturalmente, y soberbia, si el Corazón dulcísimo de Jesús no hubiera destilado sobre mi alma esas dulzuras que hace fuertes a la misma debilidad. ¡Bendita sea, Señor, la hora que me llamaste!

¡Los años más felices de mi vida!... *Durante mis quince años de vida religiosa, súbdita*, se deslizaron como un sueño; la obediencia era para mi alma un oasis de felicidad completa, descansaba en mi madre abadesa que la miraba como al mismo Dios y con esa mirada nada se me hacía difícil, sino dulce y llevadero por amor de Dios, y cuando la cosa que se me indicaba era más difícil, me sentía más feliz y dichosa. Un acto de fe. “*¡El Señor es!*”, parecía oír al ángel de mi guarda que me avisaba cuando el demonio me decía: “¿No ves como no miran por ti?”; y las compañeras me decían: como calla su caridad, la cargan; para eso la quieren, para “mozo de cuerda”. Y una voz dulcísima que no daba lugar a oír al demonio me decía: *¡El Señor es!*, y allá me echaba a lo más duro y difícil por su amor, por darle gusto, por probarle mi amor.

¡Cuánto gozó mi alma!, *simple religiosa pendiente de la obediencia*, ¡qué tesoros recibí! y qué lecciones tan dulcísimas aprendí

al lado de tan santas y fervorosas religiosas, que me amaban como no merecía. Tenía una hermana de mi madre tan observante y penitente que la llamaban la monja “San Pedro de Alcántara” y ella me ejercitó y probó la vocación bien, obligándome a salir del convento y marcharme a otro; asegurándome que con aquellos trabajos excesivos enfermaría y me inutilizaría antes de tiempo por no estar acostumbrada aquella clase de trabajos tan fuertes.

¡Pobre mía tan buena y humilde, cuánto la hice sufrir! La tomé tal antipatía que no la quería, por parecerme se valía el demonio, de su cariño de tía, para robarme aquella felicidad tan grande que me proporcionaban aquellos trabajos que nunca hacía *sola ni a secas*, Jesús dulcísimo o su Madre purísima me ayudaban y venían en mi ayuda visiblemente, regalándome con su presencia soberana.

¡Oh dichosos trabajos y esfuerzos en los oficios más humildes!, pues había muchas anciana y enfermas que se alegraban cuando aparecía ofreciéndoles lavarles la ropa o limpiándoles las celdas y oficinas. Se alegraban tanto que unas me saludaban llenas de gratitud y cariño “mi ángel ha venido a consolarme”, *las enfermas*. Y en las oficinas lavadero y cocina me llamaban “la leoncilla que puede con todas”.

¡Oh entonces, era Jesús el que llevaba el peso de todo el trabajo, pues yo naturalmente flaquita y sin costumbre no hubiera resistido tantos años sin rendirme! Y los trabajos me daban salud, apetito y sueño y no supe lo que era un dolor de cabeza, a pesar que no dejé nunca de asistir a los maitines a media noche, ni a prima. Durante 20 años de observancia rigurosa no necesité dispensas, me sentía fuerte hasta los 37 años que enfermé, desde los 14 y medio que ingresé en el noviciado, sin descanso hasta que me dieron el cargo de abadesa a los 15 años del ingreso.

Si el Señor es servido y me da fuerzas para cumplir esta penosa obediencia que hoy me renuevan y que no puedo ya negarme por tenerlo pedido y recomendado por varios reverendos padres y confesores, he pedido a la Santísima Virgen, mi dulcísima madre y maestra, lleve mi pluma para que el Espíritu Santo, a quien invoco,

me ilumine y me *detenga* antes de escribir una letra que no sea gratísima a sus divinos ojos, y que no descubra defectos de nadie, y los míos los confiese claramente como sean en mi conciencia, sin quitar ni poner cosa que no entienda ser verdad, como si Jesús mi divino Juez leyera en mi alma cuanto aparezca escrito en esta libreta que hoy día de la Epifanía ofrezco a Jesús María y José, como tres dones que con humildad le ofrezco: en mi obediencia humilde y sincera; en mi amor a Jesús dulcísimo en la Eucaristía, y en la mirra amarga de mis grandes miserias que quería olvidar para siempre en el océano inmenso de la divina misericordia, que ya me concedió el Señor en el jubileo de Santiago de Compostela, que quedaría en mi alma borrados mis pecados e ingratitudes y no me dejaría caer en manos del demonio que tanto me perseguía. *¡Por siempre sea bendito su corazón misericordiosísimo que me perdona y ofrece quedarse conmigo para siempre! Amén.*

Seguiré en artículo o como el Señor me facilita más, la historia de mi pobre peregrinación en el destierro con todos los casos que convengan a declarar mejor las miserias de una pobre pecadora llena de males y cargada de bienes del Señor misericordiosísimo que quiso ostentar más su poder y misericordia en este vaso quebradizo lleno de lodo y de pecados. El Señor me conceda saber obedecer aunque me cueste.

Nota: Para facilitar más lo que puedo decir desde que el Señor me trajo de la *nada al ser*, he de empezar por traer alguna relación de mi abuela materna que se encargó de mi educación, fue mi madrina en el *santo bautismo*, en mi santo hábito y profesión, y con ella casi pasé mis diez primeros años antes de ir al colegio, y los 8 meses después que estuve en el mundo al salir del colegio, el 21 de noviembre del año 1892 hasta el 28 de julio, que cumplía los catorce años y medio, del año 1893, en las capuchinas del desierto de penitencia de Jesús María, San Antón, de Granada.

Mis abuelos paternos no los conocí, pues mi padre era de Jaén y no tuvimos ocasión de conocernos, sólo por escrito y como vivimos

con la familia de mi santa madre (que le llamaban los párrocos del pueblo rectores entonces del Seminario de San Cecilio de Granada donde estudiaban para sacerdotes los cuatro nietos mayores... En vacaciones iban a visitarnos los superiores de aquellos cuatro seminaristas y preguntaban "Por la familia Levítica de aquel pueblo". Así tenía mi abuela acreditada su fe y amor de Dios que crió sus hijos y nietos mientras vivió, unidos como una sola familia bajo su discreta y prudente dirección a sus siete hijos, como veremos. ¡Dios sea bendito!)

6

NOTA: EN EL PESEBRE. MI CONSAGRACIÓN A JESÚS NIÑO

25 de diciembre de 1942

¡Oh dulcísimo y amado Jesús! ¡Oh Maestro de humildad, aquí junto a ti, Niño anonadado en el pesebre, vengo a tu presencia a aprender de ti la virtud de la humildad... mirando vuestra dulcísima sonrisa y sintiendo junto a ti dulzuras inexplicables veo que la virtud de la humildad no rebaja ni envilece, antes me sublima y ennoblece en participar las riquezas inexplicables de tu amor haciéndome semejante a ti vida de mi alma que eres por esencia noble! Confieso arrepentida no haber conocido la humildad verdadera, que sólo a tu lado he aprendido; aspiren y busque sobresalir... Yo quiero Jesús divino estar junto a ti, alegría de los cielos y gozo de los bienaventurados, solo ambicionaros hasta donde pueda ocultarme, desaparecer, humillarme, segura que así estaré contigo y en tu compañía, dichosa en colocarme junto a ti aquí para estar contigo eternamente en el cielo.

¡Oh Jesús humildísimo, qué grande es el amor de tu corazón misericordiosísimo, humillado y obediente! ¡Cuán grandes y profundas cosas me enseñas! Dame Jesús mío, te lo ruego, tu gracia y amor para que se grave hoy en mi alma lo que me enseñas con tu ejemplo! Me queréis humildísima como tú y que sepa conducirme por tu sabiduría infinita. He de ser dirigida por vos en la obediencia con toda perfección, agregando mi propia voluntad y juicio, siguiendo con fe sencilla la divina autoridad y tu voluntad manifestada por mis legítimos superiores. Estoy, Señor y Dios mío, dispuesta

a someterme con humildad y entregarme de todo corazón a tu santísima voluntad.

Jesús mío fortalecerme para que a vista de mis ingratitudes no desfallezca mi fe, ni se debilite mi amor hacia ti que lo sois todo. Nos quieren quitar la posesión de vos nuestros enemigos, estorbando esa vida que vos pedisteis a vuestra indigna sierva, adorando en espíritu y en verdad, y que vivamos distanciadas del fuego que necesitan nuestras almas junto a vuestro Corazón sacramentado, para impedir el medio de nuestra vocación de mayor perfección, y condenarnos a una vida sin calor y sin cielo en la tierra, que sois vos, Eucaristía divina, dejándonos frías y tibias sin esa oración recogida de adorar en unión de los ángeles del cielo. Les duele que vivamos sólo para vos, Jesús dulcísimo, y a cada paso nos ponen un obstáculo para estorbarnos nuestra vocación. En éstas pruebas que tanto nos humillan y difaman, hacer Señor que no nos tronchen las alas para subir a la santidad que con tanto anhelo buscamos, y que desplegándolas con nuevos bríos, fiados en ti Dios mío, busquemos vuestra voluntad adorable en las humillaciones, para reinar y poseeros en el cielo para siempre. Amén.

ADORACIÓN EN ESPÍRITU Y EN VERDAD

De 8 a 12,30, las reverendas madres ancianas.

De 12,30 a 3, las profesoras.

De 3 a 7, el postulante y comunidad

¡Adorar, amar, reparar y desagraviar al Corazón eucarístico de Jesús por el inmaculado de María Santísima, nuestra dulcísima madre, por los sacrilegios e ingratitudes que se cometen cada día contra el agustísimo sacramento de la Eucaristía!

Nuestras vidas sacrificadas en la obediencia, nuestras privaciones y penurias de la santa pobreza, nuestra negación absoluta de nuestras bajas inclinaciones, es la *penitencia*, el desagravio y la reparación que Jesús nos pide para llenarnos de las riquezas y tesoros infinitos de su amor, haciéndonos dignas de esa unión que con él y su santísima Madre nos pide a las Clarisas Capuchinas Esclavas de la Madre de Dios.

Amén.

Cuando me despedí la noche del Viernes Santo del año 1925 de mi Madre de los Dolores de San Antón, ¡la amaba tanto!... que jamás pensé separarme de ella y llena de amargura mirando sus ojos divinos le dije: "Madre mía, ¿es que no me quieres aquí?, ¿cómo me dejas ir sin ti después de 32 años de vivir contigo y venir a recibir tus lágrimas en mi corazón todas las noches?"

La amaba tanto... tanto... sentía al decir esto ¡tal dolor en el alma que me pareció que la Santísima Virgen me abría su Corazón purísimo y que por la herida de la espada me mostraba, a mi y a las que venían conmigo a la fundación (como si nos llevase dentro de su Corazón) y que me decía: "Ve hija mía donde la obediencia te envía a consolar a mi Hijo divino, llévale muchas almas que le adoren, ofrecer vuestros sacrificios y adoraciones en desagravio de las ofensas que recibe en el agustísimo Sacramento del Altar. Yo ejerceré con vosotras el oficio de madre como lo hice con los apóstoles y no os dejaré solas. Déjame aquí, que yo iré con vosotras".

Y con una energía y fortaleza desconocida para mí hasta entonces me levanté.

Me preguntaban después en Chauchina: ¿Madre no le cuesta dejarse esta Virgen tan hermosa, por la de Berja tan pequeñita? Después de un momento de pena, sentía en mi alma lo mismo que al salir de San Antón y al despedirme de esta del Espino parecía decirme: "Lleva a mis santuarios muchas almas que adoren a mi Hijo, y es como mejor puedes enjugar las lágrimas de tu madre". Y ella me dio la fortaleza para dejarme aquella casita y comunidad de ángeles que es lo que más amaba en la tierra.

Beatísimo Padre

La abadesa de Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios de Braga, P. a los Sdos. Pies de V.S. humildemente expone:

Que siendo este convento casa noviciado y siendo muchas las vocación que no podemos recibir por falta de local: Suplico a V.S. dé su permiso para que las religiosas Sor M^a de Jesús del Sagrario, Sor M^a de Gracia, Sor M^a Lourdes de la Sta. Faz, Sor Pura de la S. Familia puedan pasar al convento de Cap. Clarisas (E. de la M. de D.) de Granada; Sor M^a Gádor, Sor M^a Luz y Sor M^a del Sdo. Corazón para Berja; Sor Inmaculada del Espíritu Sto., Sor Sagrario de Jesús y si tiene alguna más para Orense y así quedara local para admitir las muchas que solicitan el ingreso. Gracia.

Reservada

Mi buenísima madre abadesa en Jesús: Madrecita mía, he tardado en darle este borrador que comprendo le hará sufrir pues la falta de monjas santas nos amarga y hace sufrir mucho, es la prueba más dura que el Señor nos envía, y que solo con la ayuda de vuestra reverencia mitiga y consuela mis grandes amarguras de verme con esta casa de Santa María de Melias (que aceptar sin querer más fundaciones) y sin personal allí, sor Sacramento de vicaria y sor Inmaculada encargada de la administración y de la escuela por orden del Obispo, que incluso la quería superiora y me tuerce todos mis planes por ahora... ¡Dios sea bendito!... en una montaña que quedan completamente solas con colonos extraños, y sin saber lo que de aquello resulte (ella va contenta pues las soledades le gustan).

Pida por mi, madre mía, que no sirvo para nada. ¡Dios me crió y conoce mi inutilidad, responderá él por mí, *en él confío!* Obra de sus manos soy ¡bendito sea! que me tiene atada a su cruz.

Va sor Teresita con encargo mío que le ayude a vuestra reverencia y como medio para comunicarle muchas cosas que no las puedo decir por escrito, y ella le dirá como sufro con Granada. El padre *quiere monjas* que no sean de allí, que unan con sus señoras auxiliares... etc., y allí no se puede más, *que amen a todas* sus cosas, que no se le puede contradecir, pues es de buena, es la única ayuda que tenemos en Granada, que es como un avispero todas las monjas en contra nuestra y el Sr. Tomás y me trae, "*que le mande monjas*"... y ¿cómo le mando éstas que aquí necesito? Tendré que enviárselas, y aquí nos quedamos solas, así que, madre mía, me gustaría que vuestra reverencia le ayude, y sea su consuelo y vuestra reverencia me la forme una santa y así es como me desquitaría tantas penas.

En el Corazón de Jesús afma.

Sor Trinidad.

[...¹] birrias en que te decía esperaba si Dios lo quiere ir por ahí para la 2^a, 15 de octubre, allá por el 20 espero dejar en marcha las dos comunidades de Laveiras y ésta que ha dado la fuerza y nombre a la nueva Congregación. Ha sido la prueba que manifiestamente ha dado el Señor a nuestra obra, *ser suya y de su agrado*, pero con *espíritu de adoración perpetua contemplación y clausura* en un nuevo Instituto que tiene todo lo más *de orden contemplativa*, aunque ahí no la reconozcan, así la santa Iglesia la reconoce y bendice. Dios sea bendito, que en éste santo Cardenal ha comprendido y sentido el espíritu como el Señor lo quiere. ¡Él sea bendito por siempre!

Las visitadoras no me hablan más que la necesidad del noviciado ahí, y yo querría y espero conocer *mas claramente la voluntad de Dios por el Prelado*, pero como parece que ahí nadie se atreve con el padre y yo que tanto lo venero y estimo sentiría ir y que no pudiésemos entendernos, pues el me conoce muy bien, y sabe que nunca entra conforme con su plan, y que el camino señalado por Dios nuestro Señor casi desde mi entrada en religión, que no comprendí hasta el año 1912 y 1913, y más claramente en Asís delante de la madre santa Clara el año 1935. No querrá el Señor dejarme caer en la flaqueza de ser infiel a mi vocación de capuchina clarisa eucarística con algo de vida activa cuando tengamos personal preparado, *no ahora* que se están formando las almas al calor de la adoración y del sacrificio... y las almas respondan bien, pues hay que ver los trabajos de una fundación en estos tiempos que en vez de dar, piden se les ayude, socorra y enseñe, pues el Señor nos pone en la precisión de practicar las catorce obras de misericordia encerradas y sin

¹ Este escrito evidentemente tiene una parte anterior que no está aquí.

salir de nuestro convento, pues yo aquí no he salido nada más que al patricado tres veces y nadie, nada más que las dos hermanas legas que salen, sor Piedad a la plaza y mandados sor María Fe, a recoger y repartir cartas, que vienen la pobre cansadísima ¡con un espíritu heroico!

Me acuerdo tanto que si ahí en Granada tuviésemos estas vocaciones... es educada y humilde, de buena familia levítica, es hermana del hermano Abilio, que estaba de Portero, en San Bernabé, cuando íbamos en busca de misa en Santa Tecla y nos tomaba a broma, y tiene primos y tíos jesuitas y padres con algo de dote bien, es seria, callada y valiente no se acobarda ante las dificultades y a ella se debe esta casa y lo mismo sor Piedad tiene un hermano padre y buen dote, seria y callada, de conciencia recta. Cuando tengamos hermanas así en España ya se podía prestar algún servicio. Ahora no puede ser. Adiós se va el correo,

Sor Trinidad.

NOTA: DE LA VIDA DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO¹

De humildad

Cap. C. IX. “Señor, mis religiosos son llamados Menores para que no presuman hacerse mayores: su vocación les llama a permanecer en llano, siguiendo las pisadas de la humildad de Cristo, para que al fin en la exaltación de los santos sean glorificados... Esto te ruego Padre para que no sean más soberbios cuanto son más pobres, y para que no se insolenten contra los demás, no permitáis por modo alguno sean elevados a las dignidades”.

Cap. CVII. “Nosotros hemos sido enviados a la salvación de las almas, como auxiliares de los clérigos... a fin de que lo que no pueda hacerse por ellos lo hagamos nosotros, cada uno recibirá su galardón, no según el honor sino según el trabajo”. “Sabed, hermanos, que el fruto en las almas es agradabilísimo a Dios, que es más fácil obtenerlo estando en armonía, que no en oposición. Por tanto estar sumisos a los preladados para que por culpa vuestra no haya incidente alguno... Encubrid siempre sus caídas, suplid las muchas deficiencias y practicando estas cosas sed más humildes”.

¹ Esta nota copiada de la vida de san Francisco sobre la humildad y la obediencia, es síntoma de cómo la M. Trinidad se esforzaba por imitar las virtudes de san Francisco. Estas ideas se ven reflejadas en muchos de sus escritos. Por ello, aunque no es texto de M. Trinidad, sino copia, se transcribe aquí.

“No me creería yo fraile menor si no me hallara en el estado que voy a describirte: Siendo yo prelado de los religiosos me presento a un capítulo, predico y exhorto a los religiosos, y por final se dice contra mi: No nos conviene un hombre sin letras y despreciable; no queremos seas nuestro superior, por que eres un hombre sin letras simple y despreciable. Por fin soy arrojado de allí con oprobio y vilipendio de todos. Yo te aseguro que si entonces no escuchas estas palabras con inalterable rostro, con igual alegría espiritual, con el mismo deseo de camino a la santidad, en manera alguna soy yo verdadero fraile menor.

De obediencia

“Entre otros dones que con gran dignación me ha otorgado la divina piedad concediéndome esta gracia que con la misma prontitud obedeciera el novicio de una hora, si se me diese por guardián que a cualquiera otro, muchísimo más antiguo y discreto. Por que el súbdito no debe considerar en su prelado a un hombre, sino a Aquel por cuyo amor se ha sujetado, cuanto más vil es el que presida tanto más meritorias es la humildad del obediente”. Dijo a fray Pedro Cataneo a quien anteriormente había prometido obediencia santa, delegando en él el cargo de General de la vida que había renunciado: “Ruégote por amor de Dios, que en representación tuyas delegues a uno de mis compañeros a quien como a ti obedezca con rendimiento. Por que sé cuál es el mérito de la obediencia y que para quien sabe sujetarse al yugo de otro no pasa un instante de tiempo sin su ganancias”.

1562-1563

Oh Virgen Santísima, nuestra dulcísima madre! ¡A vos como a las maravillosas advertencias y consejos que descarta gratuitamente en favor de nosotros. Tales como los Cuernos Capuchinos de la Santa Eucaristía y de sus preciosísimos sacramentos!

¡Oh Virgen Santísima, nuestra dulcísima madre! ¡A vos como a las maravillosas advertencias y consejos que descarta gratuitamente en favor de nosotros. Tales como los Cuernos Capuchinos de la Santa Eucaristía y de sus preciosísimos sacramentos!

CUADERNO DECIMOCUARTO

¡Oh Virgen Santísima, nuestra dulcísima madre! ¡A vos como a las maravillosas advertencias y consejos que descarta gratuitamente en favor de nosotros. Tales como los Cuernos Capuchinos de la Santa Eucaristía y de sus preciosísimos sacramentos!

Oh mi adorada Madre y hermana mía! ¡Cuida de estas pequeñas cosas de amor consagradas a la adoración y separación de la Santa Eucaristía por voto, que intentó a vos Madre Santísima, y que unidas a Jesús en la sagrada Eucaristía consagradas a tener la gracia de la Santísima Trinidad sobre la tierra, para que unidas las almas todas al espíritu de Jesucristo Señor nuestro, venga la paz y el reinado del Corazón de Jesús sobre el mundo entero. Que los los países de la tierra lo prefieran y reconozcan la soberanía reinado de Cristo.

Y vuestras almas consagradas por vocación especialísima de caridad, esposas fieles del Cordero inmaculado a quien adoramos en espíritu y en verdad, recibid este sentimiento de mi alma que puse en el Corazón purísimo de nuestra madre María Santísima desde

INVOCACIÓN

¡Oh Virgen Santísima, nuestra dulcísima madre! ¡A vos consagro estas humildes advertencias y consejos que desearía grabasen en el corazón de vuestras fieles hijas, las Clarisas Capuchinas de la Sagrada Eucaristía y *de vos madre nuestra amantísima!*

Confío que, como madre y maestra divina, cuidéis de nosotras como vuestro Hijo santísimo os confió desde la Cruz, y desde ese altar, donde nos llevó en vuestro Corazón Inmaculado, para que, formadas en vuestro molde purísimo las víctimas que él nos pedía, fuésemos las adoradoras en espíritu y en verdad, en reparación y desagravio de las graves ofensas que recibís en este divino Sacramento de las almas consagradas... especialmente de las comuniones sacrílegas, y por los seminarios y santos sacerdotes que lleven con su fe y celo muchas almas a Cristo y su Iglesia.

¡Oh mi adorada Madre y Reina mía!, cuida de estas pequeñas víctimas de amor consagradas a la adoración y reparación de la sagrada Eucaristía por voto, que imitemos a vos Madre Santísima, y con vos unidas a Jesús en la sagrada Eucaristía atraigamos a torrentes la gracia de la Santísima Trinidad sobre la tierra, para que unidas las almas todas al espíritu de Jesucristo Señor nuestro, venga la paz y el reinado del Corazón de Jesús sobre el mundo entero. Que todos los países de la tierra lo proclamen y reconozcan la soberanía del reinado de Cristo.

Y vosotras, almas consagradas por vocación especialísima de Jesucristo, esposas fieles del Cordero inmaculado, a quien adoramos en espíritu y en verdad, recibid este sentimiento de mi alma que puse en el Corazón purísimo de nuestra madre María Santísima desde

que por inspiración divina me pareció pedírmelo el Señor. Desde que me consagré a él solemnemente sentía la ilusión que vosotras daríais a Jesús lo que pide de nosotras sus pequeñas víctimas: amor, reparación, adoración y desagravio... ¡A cuánto nos obliga Jesús en la Eucaristía!

Amén.

El deseo de ayudaros, hijas mías, a cumplir nuestra misión de adoradoras es muy grande; pero mi incapacidad es tanta que nada de provecho os serviría si el Corazón dulcísimo de Jesús no diese la gracia e incremento que haga provechosa en vuestras almas las inspiraciones que transformaban la mía, de una roca en un serafín que me sentía morir de amor por el Amor Sacramentado cuando se dignaba bajar a la nada de este corazón y convertirlo en fuego vivo cuando más negro y crudo estaba.

Confío en [que] el Corazón eucarístico de nuestro dulcísimo Jesús se dignará inflamar vuestras almas convirtiendo estas desaliñadas letras en chispas de fuego de amor que de su divino Corazón prenda en nuestros corazones y haga de cada una de nosotras una hoguera de caridad donde se funda lo vil que hay de nosotros en purísimas obras de amor sacrificado y humilde con el seráfico padre san Francisco, que siguió paso a paso al divino maestro Jesús, *¡sin propio!* en obediencia y castidad, arrebató el cielo en tan pocos años!

¡Oh humildad hermosísima de Jesús que tantos imitadores siguieron y alcanzaron el Cielo!

Amen.

A las reverendas madres del Consejo:

Carísimas y muy amadas madres en el Corazón eucarístico de Jesús, a quien pido siempre que me acerco a la divina Eucaristía a adorarle, que él sea nuestra vida y luz en la peregrinación de la tierra al cielo y nuestro amor eterno.

Viéndome próxima a morir, y queriendo atender a vuestros ruegos, y obligada por mi propia conciencia, después de encomendarlo mucho al Espíritu Santo, a quien pido las virtudes y dones que derramó en el Colegio Apostólico en los cuarenta días que precedían a Pentecostés.

La idea fundamental de este Manual o Estatutos no es otra sino la que les sirvan de base al Instituto de Clarisas Capuchinas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios. La adoración, reparación y desagravio al Corazón eucarístico de Jesús Sacramentado, por el Purísimo de María nuestra dulcísima Madre: Superiora General y Maestra divina, que nos enseñe, nos una en seráfico y ardiente amor a ofrecernos víctimas de expiación y amor a Jesús Sacramentado, principio y fin de nuestra vida religiosa, cuyo espíritu e influencia se deja sentir tanto en nuestras almas, como en nuestras palabras y pensamientos.

Dígnese el Corazón eucarístico de Jesús, que desde el principio de nuestra vocación sentimos, nos dirija a nosotras aquellas palabras que dijo a sus amados discípulos: “Estaos quietos –les decía– en la ciudad hasta que seáis revestidos de la virtud de lo alto” (Lc 24,49), y obedientes perseveraron bajo la dirección y ejemplo de la celestial y purísima Reina y Maestra de la santa Iglesia Católica y de sus hijos debiendo a su maternal protección y amparo, la unión y perseverancia, unidos entre sí con un mismo corazón y una alma en

la doctrina de Jesucristo y sus apóstoles en la comunión y oración.

¡Concedenos Señor y Dios mío por vuestra Inmaculada Madre que esta nueva Congregación, que confiasteis a ella nos comunique las gracias y dones que vuestro divino Espíritu derramó en tanta abundancia en los primeros Cristianos como lo asegura vuestro Evangelio: “Que la muchedumbre de los creyentes tenían un solo corazón y una sola ánima” (Hech 4,32).

Eran en verdad de diferentes naciones y costumbres, de diferentes sexos y condiciones, de distintos estados y educación. Pero el Espíritu Santo los tenía unidos entre sí con su virtud y poder en una misma voluntad y sentir, como lo hace el alma con los miembros del cuerpo, aunque diversos entre sí. Se cumplieron las palabra de Jeremías: “Yo les daré un corazón y un camino” (Jer 32,39).

Oh Divino Jesús Sacramentado, envía tus dones a esta nueva familia que con María Santísima, vuestra dulce Madre permanecen fieles, llenas de fe y amor en vuestras promesas, y que bendecida ya por tu santa Iglesia queremos empezar como vuestros apóstoles a trabajar por haceros conocer y amar con nuestro ejemplo, oraciones y sacrificios.

No permitáis Señor que nuestras tibiezas e ingratitudes corten las corrientes de vuestras gracias y misericordias sobre esta Congregación, confiada por vos a vuestra Inmaculada Madre y nuestra, María Santísima, y por ella consérvala siempre fiel y constante adorándoos “en espíritu y en verdad” como ella os adoró en la tierra desde el momento de la Encarnación.

Envíanos tu Espíritu, Jesús dulcísimo, y tus inspiraciones en la oración y meditación; llena de tu amor y caridad esta familia eucarística y mariana, para que en unión de voluntades nuestros corazones con la fe y amor, que en el Cenáculo permanecieron reunidos tus discípulos merezcamos venga a nosotras vuestro espíritu de paz, y reine su amor y caridad en nuestras almas, pues tú Señor eres la misma caridad; la paz y caridad fue siempre el vínculo de unión de todas las ordenes y congregaciones nacidas en el seno de tu santa Iglesia.

Concedenos ahora, como entonces, Corazón eucarístico de Jesús por el purísimo de María santísima nuestra madre que esta tu congregación de Clarisas Capuchinas Eucarísticas... para que con un corazón te amemos y sirvamos y merezcamos la gloria que tienes prometida a tus fieles.

Oh Reina soberana y madre nuestra, alcánzanos de vuestro divino Hijo lo que necesitamos para cumplir fielmente vuestra ley divina en nuestras santas Regla y Constituciones. Haciéndonos violencia a nosotras mismas, venciéndonos, conseguiremos la victoria. No seremos las Clarisas Capuchinas víctimas, si no nos despojamos del propio yo haciéndonos fuerza en todo. Sujetando nuestras inclinaciones y voluntad a la de nuestros Superiores, viviremos con Cristo esposo dilectísimo de nuestras almas.

SÚPLICA QUE HICE EN ASÍS
JUNTO AL SEPULCRO DEL
SERÁFICO PADRE SAN FRANCISCO
EN NOVIEMBRE DEL AÑO 1935

(copia)

¡Oh gloriosísimo padre mío san Francisco de Asís, bendice a todas tus hijas las Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios!... a todas las que fieles a tu voz corrieron a vuestro llamamiento por tu primogénita y dignísima hija vuestra y madre santa Clara, cuando el 18 al 20 de marzo del año 1912 y 1913 prosternadas en adoración ante el santo tabernáculo oyeron la voz dulcísima de Jesús en aquel santo viril: “quiero me atraigas muchas almas consagradas que me adoren y reparen las ofensas que recibo en este Sacramento de mi amor...”

“Santo mío, padre mío amantísimo, hemos sido llamadas por Dios a seguir tus huellas, abrazando gustosamente por amor de Dios la Regla que disteis a nuestra madre santa Clara el 18 de marzo el año de 1212. Gustosísimas abrazamos tu santa Regla; tu espíritu de humildad y pobreza nos atrajo a la vida capuchina eucarística... Allí junto al sagrario al pie de la santa custodia, el alma enchida y abrasada de amor divino, que tu corazón ardía suspirando por “que el Amor no es amado”, nuestras almas queriendo interpretar tus ansias, corrimos hacia la seráfica madre santa Clara como iría el joven del Evangelio al divino Maestro.

Madre mía, qué haremos para llegar a la sagrada Eucaristía a reparar los pecados y sacrilegios de los sacerdotes y religiosos, qué

haríamos para llegar a la santidad que merecisteis del Señor y mostrándonos la alegría y gozo de los ángeles en el santo viril, parecía decirnos a tus hijas, como el profeta Elías: “Tomad y comed que os queda un largo camino que andar” (1Re 19,7), y cogiendo con el amor que da tu espíritu seráfico, recibimos y tomamos la fuerza y valentías para amar, adorar y reparar a Jesús Sacramentado por los pecadores.

FIN DE NUESTRA CONGREGACIÓN

Amar, adorar, reparar y servir a Dios nuestro Señor en la sagrada Eucaristía, en “espíritu y en verdad”. Estudiemos profundamente el fin y el espíritu de nuestra santa vocación, y comprenderemos perfectamente que debemos imitar a Jesús para identificarnos con él en la sagrada Eucaristía.

Clarisa capuchina eucarística de la Madre de Dios, ¿a qué nos obliga? El santo Evangelio nos da la respuesta: “El Reino de los Cielos se alcanza a viva fuerza” y el Kempis nos da la lección terminante: “Tantos mayores progresos harás en la virtud cuanto más te renuncies a ti mismo”. Y es cuanto los santos nos dejaron enseñando con su ejemplo, como el seráfico padre san Francisco decía a sus compañeros: “El seguir a Cristo es una guerra sin cuartel, cuyo fin es inmolar en nosotros mismos al hombre por medio de la abnegación, mortificación y desprendimiento de las cosas terrenas, Dios mío, y todas las cosas las encuentro en Dios por esa fe viva, cuyo punto de apoyo llevó a cabo tan grandes obras”.

La clarisa capuchina eucarística encuentra en la Sagrada Escritura la fuente de donde ella saca esa fuerza animosa que la eleva por cima de sí misma, que la transforma y se eleva sobre el mundo lleno de falsedad y mentira, muda su vida para vivir adorando y amando a Dios en la sagrada Eucaristía, donde un día feliz, al contacto purísimo del Cuerpo de Cristo en la sagrada Comunión, se unió con lazo indisoluble para hacerse una misma cosa con él y busca ansiosa, como el ciervo herido la fuente de las aguas, a Jesús víctima hostia. Vivir adorándole en la tierra es participar de la vida divina de Jesucristo por la unión que atrae y domina el corazón. De tal

manera lo llena de una convicción tan íntima y profunda, que la ilumina el alma con mirar en la Hostia santa, el sol de justicia, y cuanto más se acerca a Jesús se siente más unida... quiere solo lo que él quiere, y se le hace más viles y despreciables las cosas de este mundo al que le parece no le pertenece, y con un amor ardiente sólo Dios le parece grande, único que llena los vacíos inmensos del corazón, y como el seráfico padre san Francisco, sólo en él encuentra todas las cosas deseables, y con esa fe y amor actúa tan poderosamente en la voluntad, que nos mueve poco a poco a la entrega total de nuestra voluntad a seguirle en la vida religiosa eucarística, que dimana de su Evangelio en la perfecta imitación de Jesús en su vida mortal y eucarística, que sólo fijos en él nos parecería nada el momento presente.

FIN DE NUESTRA VOCACIÓN Y
ESPÍRITU DE NUESTRAS CONSTITUCIONES

“Non vos me elegisteis” (Jn 15,16)

El espíritu de nuestro santo Instituto consiste esencialmente en trabajar con todas nuestras fuerzas por la más perfecta imitación de la vida de Jesús, María y José en el momento de dejar el trono de gloria, que en el Cielo gozaba, encarnando en las entrañas purísimas de la Santísima Virgen María, nuestra dulcísima madre, por obra del Espíritu Santo.

Por amor abrazó todas las penalidades de la vida, naciendo pobre y despreciado en un pesebre, huyendo a Egipto, trabajando en Nazaret, etc. Muriendo sólo y cubierto de sangre y de ignominia en la Cruz, no buscó en la tierra descanso ni consuelos de fieles seguidores hasta después de la venida del Espíritu Santo, ni vio en la tierra el fruto de su Pasión, murió desamparado del Cielo y de la tierra.

Oh Jesús dulcísimo, luz, camino, verdad y vida, cómo buscar después de vos rayitos de luz que nos guíen si en vos está esplendorosa y clara la senda que nos enseñaste de palabra y con ejemplos. Concédenos, dulcísimo y divino Maestro de mi alma, el fuego del divino amor que ardía en vuestro Corazón adorable para encender en tu amor cuantas almas pongan su pie en vuestros caminos que con tanta claridad nos mostráis en vuestro Evangelio, fuente de vida y de gloria.

Este debe ser el distintivo de nuestra vida, el sello divino que nos dé a conocer las víctimas de amor que él se escogió para reparar los gravísimos males que lamentamos en estos tiempos de persecución y

de odios. ¡Incendios de amor divino abrasarían a los hombres en la caridad y compasión cristiana, que su primer mandamiento nos enseña amarnos!

Nuestro amor de Dios ha de consistir en el sacrificio y entrega-
miento de nosotras mismas en la obediencia de nuestras sagradas
Constituciones que nos dan con toda claridad expresa la voluntad de
Dios.

La intervención directa del Santo Pontífice en su aprobación nos dio la luz más clara de que esa era su voluntad santa y adorable. El Señor nos venía pidiendo por medio de sus prelados esta vida que nos marcaron; vivíamos escondidas en un desierto de penitencia como en el cielo treintay tres años con el único anhelo de agradarle.

El año 1908, al ser elegida por primera vez superiora, el R. P. Ambrosio, provincial de capuchinos, escribía estas palabras de enhorabuena: “Hija mía esta es la voluntad de Dios, no para elevar-
te ni llenarte de glorias humanas, sino para que puesta en el candelero, alumbres con virtudes y santidad a las que están en tinieblas y trabajos sin descanso por hacer, con la ayuda de Dios, aquellas capuchinas adoradoras que soñabas en el noviciado. Ahora empieza a trabajar, aunque para que te lo apruebe la santa Iglesia pasarán cuarenta años”.

Trabajo me costó recordar lo que soñaba en el noviciado. Buscando apuntes encontré cartas y notas (que el año 1915 me mandó el confesor quemar todo cuanto tenía escrito). Encontré cartas escritas pidiendo el año 1895 a León XIII la unión de las comunidades bajo una superiora General y noviciado común, que atendiese al orden y buen gobierno de las comunidades, sin que las religiosas jóvenes e inexpertas tuviesen voto, ni parte en elecciones.

La primera elección que asistí, la refiere el mismo padre en sus “Cartas a Sor Margarita”, y si aquel padre lloraba junto al sagrario, y nos decía al día siguiente en una plática hermosísima que nunca olvidé: “Qué queréis os diga después de presenciar los hechos... En la oración anoche, cuando me veías gemir junto al sagrario, le decía: “Jesús mío si este jardín tan hermoso de retiro, penitencia y ora-

ción... que yo contemplé tan hermosas flores, separadas exhalaban escogido y rico aroma, y cuando las cogí para formarte un ramo de grato perfume, vos las rechazasteis de vuestro corazón divino". Donde no reina la caridad y unión no está Dios, ya nos lo explica el apóstol san Pablo en sus Epístolas..."

Así, aquel venerable y santo religioso me animó a pedir a Su Santidad, sin vacilar y sin descanso, el gobierno de los religiosos aplicado a nosotras. Cuarenta años de súplicas y ruegos a la Santa Sede por medio de cartas al Sumo Pontífice (Merry del Val me dirigía simplemente), después por el Sr. Cardenal Rinaldini, nuncio que fue en España, que nos visitó el año 1903 y que después en Roma trabajó por alcanzarnos esta gracia.

Y veinte años después de súplicas y cartas a Roma, vino de arzobispo a Granada el obispo de Almería, D. Vicente Casanova y Marzol, y ya tenía conocimiento de peticiones, y entonces, después de íntimas y largas conferencias que examinaba mis grandes miserias y que no le oculté los más recónditos secretos de mi alma, me dijo: "Creo me trae el Señor a Granada para que le ayude, escriba V. unas Constituciones como el Señor le inspire, y después iremos a Roma".

Hice ejercicios, pues me sentía aturdida ante una cosa que casi no sabía expresar ni la "a". Rogué a S. E. R., por aquella venerable comunidad, que tanto amaba y me pedía no las abandonara nunca, confiase aquel encargo a alguna de las muchas religiosas de virtudes admirables, y volvió a mandarme por segunda y tercera vez (en distintas visitas) que le escribiese las Constituciones, que le entregué siempre sin conservar copia, y las terceras veces me resultaba el trabajo ímprobo.

El año 1922, estando escribiéndole, se presentó en el torno a contestarme a la carta que tenía sin terminar de escribir. Toda admirada alabé el poder de Dios cómo lleva a las almas por donde quiere, a pesar de nuestros esfuerzos en seguir nuestra vocación que creemos ser inspiradas por Dios, y con los mayores esfuerzos queremos mantener aquel llamamiento o inclinación del espíritu hacia

un sacrificio, y Jesús nos impone otro mayor contrario en todo a nuestros proyectos o deseos.

Pedía humildemente aquel santo Prelado me dejase allí encerrada, pues nunca sentí vocación de fundadora y yo le ofrecí 15 ó 20 religiosas de las más fervorosas cuando insistió: "No me haga cosas nuevas en moldes viejos, que lejos de buscar la gloria de Dios no haría nada, sino agravar la situación. Dios quiere una obra nueva y yo quiero ayudarla".

Entonces sentí estremecerse mi ser al pensar tenía que dejar aquellos claustros donde quería morir. Sentía un deseo de pedir a nuestro Señor me aplastasen los muros antes de dejar aquel recinto de paz y gozos espirituales, aquel coro y tribunas, donde tantas noches pasaba en la presencia adorable de Jesús Sacramentado, preparándome una tribuna junto al sagrario para pasar los últimos años de vida junto al sagrario adorándole continuamente.

Como buena vieja traigo aquellos recuerdos de mi vida religiosa escondida y llena de gratísimos recuerdos. Allí todo era dulcísimo lo más amargo, fáciles y ligeros los mayores trabajos; la enfermería me parecía ya el complemento de mi vida de víctima; la sacristía, ropería etc., todo se me hacía fácil, quería subir a la cruz con Jesús y morir con él, víctima de amor.

Así pasé mi primera etapa de mi vida religiosa, y cuando creía ya casi terminada mi misión en la tierra con una enfermedad gravísima, que me puso a morir, me parecía ver ya las puertas del Cielo abiertas.

Aquel primer día de setiembre del año 1915, cuando por varios médicos me daban por desahuciada y me preparaban a morir, la Extrema Unción santa, inundada mi alma de consuelos divinos, bañada con la sangre de Jesús al sentir el santo óleo en mis labios y en mis ojos, pregunté al sacerdote que me administraba los Sacramentos (que me parecía el mismo Jesús Maestro divino de mi alma): ¿Tiene el Señor algo conmigo que me detiene? "Pregúntelo a él", me contestó el padre. Un momento de dolor inundó mi alma al pensamiento de no haber hecho toda la penitencia que mis pecados necesi-

taban expiar. Oh Jesús Dulcísimo, vuestra misericordia y los dolores de vuestra divina Madre al pie de la Cruz sean en este momento mi salvación. En aquel momento, el temor de no haber correspondido a lo que sentía me pedía el Señor de acercarle almas consagradas a la adoración del Santísimo Sacramento, almas víctimas que reparasen los pecados de los hombres, etc.

Entonces me ofrecí como él sabe y le dije: “¡Señor mío y Dios mío, si me das vida yo cumpliré tus encargos y trabajaré por seguirlos como los prelados me lo indiquen, sin ser yo la que escoja el lugar, ni orden de las cosas. ¡Fiat, cumpliré vuestra voluntad santísima hasta que me digas: ¡Basta!” Y hasta hoy voy como los ciegos, cogida a la mano de mis prelados voy por donde Dios nuestro Señor me va señalando el camino. Pasé el mar de persecuciones en España durante los veinte años que salí de *mi misma y me entregué a él* para siempre.

Las mismas cruces y amarguras de los cargos, porque de súbita fueron los años más felices de mi vida, ¡obedecer fue mi ilusión siempre!, quería seguir al divino Maestro y conocer su divina voluntad, y el primer director y padre espiritual al entrar en religión el año 1893 me dijo: “Si quieres ser religiosa santa, obedezca; si quieres aprender bien el camino de la santidad, obedece a tus superiores; si quieres conocer claramente la voluntad de Dios, obedece a tus superiores a quien el divino Maestro dijo: “El que a vosotros oye a mí me escucha y el que os desprecia a Mí me desprecia”. Si me dices gustas obedecer, que ves a Dios en tu prelado etc., nada tienes que hacer más; obedece alegremente, prontamente sin quejas ni condiciones...”

Aquel santo padre habló a mi alma y alumbró mi espíritu con luces divinas tan celestiales, que en las largas jornadas que pasé por cavernas tenebrosas, preparadas de enemigos para aniquilarme, [no] me faltó aquella luz divina que me guiaba como de la mano sin que las fieras me devorasen, porque llevaba en mi alma grabadas estas palabras escritas con fuego: “Obediens usque ad mortem... *La verdadera víctima que os pido es un alma obediente a mi voluntad, y*

mi voluntad está definida”. Esta me la dio a conocer por el Emmo. Sr. Cardenal Casanova cuando me mandó salir.

Sentía al fin de mi vida destrozada mi vocación de retiro, de abstracción, de contemplación; soñaba en aquel recogimiento y retiro del mundo de los trapenses y cartujos, y que busqué con verdaderas ansias; sentía triturar los más íntimos sentimientos de mi alma y junto al sagrario pedía al Señor... y me *entregaba* a tomar aquella obediencia como el martirio, pues prefería el derramamiento de sangre y morir como san Esteban, a dejar mi vida de estrecha clausura que escogí, por creerla entonces ser la voluntad del Señor ¡y mi tabla de salvación! La obediencia me tiró la tabla dejándome en alta mar, en tempestades furiosas, y cuando me creí perecer sola, aparecía el Maestro dulcísimo Jesús serenando la tempestad y lleno de ternura parecía decirme: “¿Por qué temes si voy contigo y no te dejaré perecer? *Ten fe y sígueme*. Yo estaré contigo y te mostraré mi vida en mi Evangelio y este es el quiero que sigáis como yo os enseñé con mi ejemplo desde Belén hasta la Cruz. El camino del Cielo es estrecho, la senda que el divino Maestro nos dejó caminando él primero por ella, cargado con nuestras miserias por nuestro amor...”

En cada página del santo Evangelio oímos al divino Maestro: “El que quiera ser mi discípulo renuncie a sí mismo cárguese su cruz y sígame” (Mt 16,24); y estas otras: “El mundo se regocijará y vosotras lloraréis, pero regocijaos cuando los hombres os persigan e insulten por causa mía, porque en el Cielo os está reservada una gran recompensa” (cf. Lc 6,22-23); “¡Oh cuán estrecha es la puerta que conduce a la vida”; “Bienaventurados los pobres de espíritu –dice Jesús al alma religiosa, a la capuchina clarisa eucarística–, porque el Reino de los Cielos será tu herencia” (Mt 5,3); bienaventurados los que lloran, nos dice desde la cruz, porque vosotras que lloráis conmigo los agravios que recibo en el tabernáculo¹

¹ Así termina este apartado.

UNA NOCHE EN LA CRUZ, ABRAZADA A MI CRISTO

28 de octubre de 1943

Cuando el Señor se digna visitarnos en la tribulación y en la prueba... cuando todo se ve oscuro, sumida en amargas y dolorosas pruebas, casi sin esperanzas de remedio, Jesús misericordiosísimo llega al alma, la inunda de luz clarísima que se ve la realidad de la vida presente sin sombras... el alma crece y llena de Dios, se eleva y pierde en Dios mismo como si se perdiese en él... es la gotita de tinta en el Océano. El alma se siente como si rotos los lazos de la carne volase al cielo y como entonces, Dios mío, repetimos como san Pablo: Ni el ojo vio, ni sentido humano puede comprender lo que tú Señor das a las almas que te aman y sólo en ti esperan (cf. 1Cor 2,9).

¡Qué chica, qué pequeña me parece la tierra para el alma que vive de Dios, se asfixia y ahoga! Es Dios *tan grande* y tan fuerte y tan divino... que cuando pasa por el alma como un relámpago, si él no la fortalece y vivifica, no podría resistir los influjos de su caridad. ¡Qué grande es el Señor nuestro Dios! ¡Qué grande se siente el alma cuando él se digna alumbrarnos y nos atrae hacia sí! El corazón tan pequeño se enferma y dentro de este saco de miseria salta de gozo y alabanza como los niños del horno de Babilonia.

Paz y Bien

Lisboa, 24 de junio de 1943

Fiesta del santísimo Corpus Christi

¡Nuestra gran Fiesta! ¡Día del Amor!

Muy reverendas madres y hermanas carísimas en las entrañas de caridad y amor del Corazón dulcísimo de Jesús camino verdad y vida, y en el de nuestra Inmaculada madre María Santísima, Señora nuestra.

Desde el 20 de noviembre que nos llegó la primera noticia de la aprobación de la santa Iglesia de nuestras Sagradas Constituciones el 31 de octubre en la cual aprobación intervino N. S. S. Padre Pío XII, me sentí tan impresionada y agradecida a la misericordia de Nuestro Señor que me dejaba ver en esta vida la aprobación que venía esperando llena de fe hacia cuarenta años.

No puedo ocultarles, hermanas carísimas, que el peso y la responsabilidad tremenda que vi venía sobre mí me aplastó ante mi inutilidad completa en todos sentidos para cumplir fielmente a la letra y sin excusas lo que Dios nuestro Señor nos pide hoy, no ya como un deseo o una inspiración, sino una ley salida del Corazón amorosísimo eucarístico de Jesús, nuestro divino y único modelo.

Jesús, víctima de amor, nos pide la perfecta unión con él entre sí, como a sus discípulos en el Cenáculo bajo la dirección y gobierno de su Madre purísima y madre nuestra, María Santísima.

Y Jesús mirando mi pequeñez y miseria parecía reprenderme misericordiosamente y levantándome de la postración en que creía morir bajo el peso que sentía, con esa mirada divina y misericordiosísima de Jesús me sentí alentada y fortalecida, llena de fe, que

siendo obra suya y de su Madre Santísima a quien la encomendó mostrase a sus Capuchinas Clarisas Eucarísticas el camino de víctima y de adoración perpetua que ella andó desde su Encarnación hasta el Calvario: muriendo con él y viviendo en espíritu de inmola-ción, reparación y desagravio con Jesús en la Eucaristía adorándole perpetuamente, como le ofrecimos desde que nos mostró el camino a seguir; y que vosotras me seguisteis con tanta abnegación y fe hace veinte años a pesar de la guerra tremenda que nos hizo el infierno.

El Señor, en su misericordia y amor sin medida, os dio fortaleza amor y fe para pasar cuantas pruebas y dificultades aparecieron en nuestro camino de tantos años. Y ésta fue la mayor prueba que la obra era de Dios, al ver vuestra constancia y generosidad para esperar siempre contra toda esperanza. Vuestros ojos los vi siempre fijos en Jesucristo sacramentado y en la madre María Santísima que él nos legó en la santa Cruz al morir.

Ya hoy, carísimas madres y hermanas, nos entrega el Emmo. Sr. Cardenal Patriarca el hermoso Decreto aprobado, con un encargo especialísimo de que se cumplan a la letra y las haga cumplir, cargándome estrechamente la conciencia para velar su observancia y poner todo empeño en dar a Jesús Sacramentado muchas almas que le adoren y desagravien de los muchos pecados, sacrilegios que se cometen contra este augustísimo y adorable sacramento a quien adoramos en espíritu y en verdad desde que el inolvidable y santo Emmo. Sr. Cardenal Casanova lo pidió a Roma el año¹ la gracia singularísima de la adoración que ya empezamos por devoción el año 1912 por privilegio al Centenario de nuestra santa madre Clara en San Antón.

Al comunicaros ya, mis amadísimas hijas en el Corazón eucarístico de Jesús y el de nuestra madre María Santísima, que el Corazón de Jesús sacramentado, en su gran fiesta, nos entrega la ley que su divino Corazón nos da por su Vicario en la tierra aprobada y bendecida, y en su nombre el Emmo. Sr. Cardenal Patriarca, nuestro

¹ Deja blanco para poner el año.

amado y santo Cardenal Profector Patriarca de Lisboa, con el mayor reconocimiento de la más profunda gratitud, después de unos días de acción de gracias a Jesús Sacramentado y nuestra Madre Santísima en esta iglesia de Nuestra Señora del Carmen, a los pies de su altar junto al sagrario donde tantas lágrimas he derramado en las horas de adoración, que a solas con Jesús solo en las altas horas de la noche, desahogando mi corazón agradecido a tanto amor y misericordia con que ha cubierto mis grandes miserias y pecados, poniendo el manto de su preciosísima Sangre y de su Madre Santísima sobre mis grandes pecados, para que no os asustéis y miréis con amor su divina voluntad manifestada tantas veces y de distintas maneras: “La sed de almas víctimas que le adoren en espíritu y en verdad en el Santísimo Sacramento, adorándole día y noche en reparación, expiación y desagravio de los pecados y sacrilegios que se cometen diariamente contra el Santísimo y augustísimo Sacramento del altar”.

Queriendo llegue esta carta a todos nuestros conventos, presentes y futuros, después de agradecer a Jesucristo, nuestro Señor y Padre misericordiosísimo, la dignación que tuvo al escogernos con un amor y predilección especialísima de su amantísimo Corazón hacia nosotras que nos eligió por sola su misericordia. Quiero agradeceros cuanto por esta causa habéis trabajado tantos años, con tanto fervor y amor de Dios, cooperando con tan ardiente celo a la cooperación de esta obra tan amada del Espíritu Santo, que unidas en espíritu y en un ideal, su amor, nos ha tenido reunidas junto a su sagrario de amor, hasta que llegó la hora de su divina misericordia.

Una cosa voy a pedir por el grande amor que tenéis a Jesús dulcísimo, a su adorable Corazón en la sagrada Eucaristía: “Amaos los unos a los otros, como yo mismo os he amado” (Jn 13,34; 15,12). Estas palabras dulcísimas del divino Maestro quisiera se grabaran en nuestras almas como dichas a nosotras mismas desde el agosto tabernáculo a quien adoramos y buscamos a cada hora del día para saciar la sed de amor que enciende en nuestras almas en esas horas felices de adoración que cada día y noche ofrecemos en

reparación de tantos corazones que le odian y ofenden.

Pues así, hermanas carísimas, quiero pedirlos de rodillas, y por el Corazón Inmaculado de nuestra madre María Santísima os suplico con todo el amor que ella me da para amaros con entrañas de madre aunque indignísima menor sierva y esclava, os pido y repito os améis de verdad con amor humilde y paciente como Jesús nos amó; que viváis unidas siempre como esposas del que nos mandó amarle como el más grande y mayor de sus mandamientos, y que sus apóstoles y discípulos vivieron con un solo corazón y un espíritu.

Somos tuyas, nos quiere y nos pide la imitación perfecta de su vida de víctima, y para cumplir sus mandamientos y su ley bendita nos escogió por sola su misericordia a esta dilectísima vocación eucarística donde tantos años venimos consolándole y haciéndole compañía.

Sí, quiero pedirlos y repito mis súplicas a vosotras todas mis carísimas madres y hermanas, amaos con la caridad de Jesús y María, nuestra dulce madre, amaros en obras, imitar al divino modelo Jesús, vuestra caridad sin egoísmos, sin quejas, sin murmuración, humilde y obediente como Jesús y María. ¿Con quién habló la santísima Virgen María, nuestra dulce madre, dónde dejó, ni de palabra, ni por escrito las grandes y heroicas virtudes de su vida?... ¡sus ejemplos santísimos!... en el Calvario. ¿A cuánto de aquellos crueles enemigos que daban muerte a su Hijo santísimo se quejó?

Hijas mías, acordaos bien llevar en la memoria y en el corazón las palabras que tantas veces rezamos: "Dios es caridad..." Pues hijas del alma, si somos de Dios y nos consagramos por voto a vivir con él víctimas de amor y reparación, aprendamos bien su doctrina hermosísima y siguiendo fielmente nuestra misión de adoradoras perpetuas de la sagrada Eucaristía, ya sea en el tabernáculo, en el altar, en el sagrario, o en nuestro propio corazón por la sagrada Comunión, tened fe, yo os lo aseguro en nombre de la Santísima Trinidad, que si obedientes y fieles al altísimo compromiso que hemos contraído al abrazarnos con los votos sagrados a este santo Instituto de Clarisas Capuchinas de la Sagrada Eucaristía, seréis

selladas en el Cielo con la marca del divino Esposo, su Sangre divina será la vestidura de boda, que las almas víctimas le seguirán con corona de gloria, cercado su trono harán alabanza y adoración en compañía de los ángeles y serafines que le adoran y alaban en el Cielo eternamente.

Únanse, pues, hermanas carísimas, con María, nuestra dulce madre al Corazón eucarístico de Jesús, únanse todas entre sí en espíritu y en verdad, como si fuésemos cada una Jesús víctima, como almas identificadas con él en la santa Eucaristía que cada día nos admite a su mesa, nos alimenta de sí mismo, nos calienta contra su corazón como calienta la gallina bajo las alas su polluelo, nos fortalece, nos enseña, nos consuela y alienta, únanse con él y con su divina Madre, y llenos de fe... con nuestros ojos fijos siempre en Jesús y María, no temáis, caminad llenas de santo orgullo tras él, como le seguían los discípulos atraídos por la fuerza suavísima e irresistible del divino Maestro Jesucristo.

Después de tantos trabajos padecidos por acercarle las almas consagradas a la sagrada Eucaristía, y cuando agotada de años y fuerzas me creo ya cerca de la patria y a las puertas de la eternidad espero a que él me abra la casa de mi Padre celestial, entonces me siento con una fuerza sobrenatural que me obliga a gritar, como el seráfico padre san Francisco decía: "Que el Amor no es amado".

Yo os repetiría con aquel ardor seráfico que le pido siempre para todas sus hijas. Para seguir al divino Jesús, maestro dulcísimo, hemos de imitar sus ejemplos y cargar con su cruz y caminar tras él por la estrecha senda de la abnegación y la renunciación de nuestro gusto por la humilde obediencia. No nos engañemos, la vida de una clarisa capuchina víctima de Jesús no es vida de satisfacciones y gustos.

Sé que vuestra vida de mortificación y penitencia es gratísima al Corazón eucarístico de Jesús, que espera que vuestro ejemplo atraiga muchas almas generosas que sigan nuestra vida de mortificación, adoración y de víctima; conozco algo vuestras ansias de amor eucarístico y que a imitación del seráfico padre san Francisco, enamora-

das de la divina víctima, queréis pagarle sacrificio por sacrificio, amor por amor y vida por vida. Que inmolándose en la cruz crucificadas con él por los santos votos, os sentís ansiosas de reparar con Jesús víctima de amor.

Y con grandes deseos de dar a Jesús almas reparadoras o víctimas de expiación y desagravio, os ruego no dejéis vuestra hora de adoración, que desde el principio, año 1925, venimos practicando con tanto fervor y entusiasmo.

Ya, gracias a su infinita misericordia, la santa Iglesia acaba de aprobarnos nuestro nuevo Instituto y es hora de renovarnos, de empezar con el mismo entusiasmo que el año 1925. Hijas mías, escuchar atentamente a Jesús en el fondo del sagrario, oculto en el sagrado copón como en el sepulcro, pero vivo y glorioso. No oís una voz dulcísima que os dice mostrándonos su Corazón abierto: "Vosotras, dilectísimas, que escogisteis por mi amor la vida de adoración y mortificación, ¿no queréis cumplir lo que falta a mis padecimientos? y conmigo víctima constante inmolada en el altar renaciente todos los días y en el sagrario, siempre para aplacar la justicia de mi Padre pronta a estallar contra el mundo culpable".

A nosotras, me parecía oír (cuando monseñor H. nos leía el hermoso Decreto de aprobación ejecutado) al divino Maestro desde el fondo del sagrario dirigirnos aquellas palabras de la Sagrada Escritura, sí a nosotras que muchos nos miran con desprecio, pareciéndonos a muchos... que nos hemos apartado de los caminos que marcaron nuestros gloriosos fundadores, padre san Francisco y madre santa Clara, ¡ahora!, cuando nos hemos internado dentro de sus seráficos espíritus y enamorados de la humildad y abnegación que la santa pobreza lleva en sí y con él y sello divino de Jesús en la Eucaristía, y como os digo, el dolor que mi corazón sentía al leer lo nuevo y parecer quedábamos nosotras así... al margen de las antiguas, que van apoyadas con gloria en lo antiguo, el Corazón eucarístico del divino Maestro tiró el velo de estos sentimientos humanos que anidaban en lo más íntimo de mi corazón y nos decía con Isaías: "Los restos de Sión y de Jerusalén vendrán a ser una nación santa y

sus nombres serán escritos en el libro de la vida para siempre". Ahora el Señor, por un soplo de justicia y de misericordia, y por un viento abrasador de amor ardentísimo y predilección amorosísima de su Corazón eucarístico, ha purificado a las hijas de Sión.

Estas hermosísimas palabras que había meditado hace días y que no comprendía por qué mi espíritu aturdido de tantas cosas contrarias *oraba* con Jesús en Getsemaní y en el Calvario durante algunos años, como una flecha o chispa de fuego me quemó los velos que ocultaban el misterio de amor que la Santísima Trinidad ocultaba en el Corazón Inmaculado de María santísima, nuestra dulcísima madre, esta predilección de amor a nosotras las Clarisas Capuchinas de la Sagrada Eucaristía para estos últimos tiempos, de confusión y de sacrilegios, a nosotras nos reservaba, nos escogía el Señor, de entre mil o sin número de almas santas que se consagran a su santo servicio, escogieron lo más pequeño y miserable para darnos la aprobación el mismo día 31 de octubre de 1942, que el Santo Padre, el Papa Pío XII, consagraba el mundo al Inmaculado Corazón de María. Nos firman la Sagrada Congregación la aprobación después de veinte años o más que tenía pedida al Emmo. Cardenal Aristides Rinaldini y por medio de tantos preladados...

Y hoy nuestro corazón, lleno de la más profunda gratitud, os comunico a todas, rogándoos hermanas carísimas de mi alma, os animéis y llenas de santo entusiasmo, empecemos con fe aquello de la misma Sagrada Escritura: "Bienaventurado aquel que va estudiando en su corazón los caminos de la santidad y entiende sus arcanos yendo detrás de ella como quien sigue su rastro pisando siempre sus huellas".

En este sentido quiero deciros algo más, que agradezcamos este don inefable de Dios que a nosotras, sus pequeñas adoradoras víctimas de amor y reparación, sus Clarisas Capuchinas de la Sagrada Eucaristía, con sentimientos de profunda humildad, imitando al seráfico padre san Francisco, humildísimo no de apariencia, sino verdadera, íntima, de espíritu y de corazón agradecido, viviendo crucificado con Cristo, moraba más en el cielo que en la tierra.

¡Oh Jesús!... Sin humildad no vendrá a nosotras la virtud del Espíritu Santo, que habita y llena de su amor los corazones humildes como el de nuestro seráfico padre san Francisco, su voluntario abatimiento y su baja estimación, es lo que atrajo a sí aquel torrente de amor y gracias que recibió en la impresión de las sagradas Llagas, que después de siete siglos vive el espíritu de humildad y amor en todos sus hijos.

Tenemos muy frecuentes ejemplos de grandes caídas, donde falta la humildad, mostrándonos la experiencia que donde no hay humildad verdadera, no mora ni está el Espíritu Santo y que allí donde está de asiento la humildad se halla, y que él busca para descansar los corazones humildes y vacíos.

Si pretendemos cumplir con los deberes que nos imponen las sagradas Constituciones, y damos al Corazón eucarístico de Jesús e Inmaculado de María la reparación y amor que nos pide a nosotras las Clarisas Capuchina de la Sagrada Eucaristía, por obligación debemos ser humildes y con nuestra mirada en su Corazón divino aprenderemos a seguirle, si queremos que Jesús descanse en nuestro corazón y sea nuestro ideal la virtud de la humildad que la Santísima Virgen María, nuestra dulce madre, practicó en toda su vida mortal, que mereció esa fecundidad divina que atrajo a sí las mayores gracias.

Pidan al Señor, mis amadas madres y hermanas, que cumplamos fielmente nuestras santas Constituciones como dadas por Dios nuestro Señor, pues su Vicario en la tierra ha bendecido.

Desaparezca ya de nosotros todo cuanto no se conforme para que renovándonos en el fuego eucarístico del Corazón sacramentado de Jesús, nuestro corazón, palabras y obras repitamos con la santa Iglesia en el oficio del santísimo Corpus Christi, a quien adoramos: "Recedant vetera, nova sint omnia, corda, voces et opera". "Que desaparezca, que se borre, que se quite lo viejo para que todo se renueve el corazón, las palabras y las obras".

Que así, carísimas hermanas de mi alma, pidan y hagan pedir esta gracia para todas nosotras presentes y futuras, y que junto con

Jesús María y José nos presentemos ante el tribunal divino, pudiendo oír al divino Juez Esposo amantísimo de nuestras almas: "Venid benditos de mi Padre..." que por vosotras espero del Señor.

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María

INDICE

INTRODUCCIÓN	6
CUADERNO DUODÉCIMO	9
1. Súplica a la Santísima Trinidad	11
2. Aviso en mi última hora	15
3. [A las madres asistentes]	17
4. [A las madres]	21
5. [A todas la madres y madres asistentes]	24
6. [A las madres asistentes, superiores e hijas]	28
7. [A las madres asistentes, superiores y hermanas]	33
CUADERNO UNDÉCIMO	35
1. [A la madre Mercedes]	37
2. [A la madre Mercedes]	40
3. [A la madre Mercedes]	43
4. [A la madre Mercedes]	44
5. [A la madre Mercedes]	49
6. [A la madre Mercedes]	51
7. [A la madre Mercedes]	53
8. [A la madre Mercedes]	56
9. [A la madre Mercedes]	59
10. Notas sobre el juniorado y tercera aprobación	61
CUADERNO DUODÉCIMO	67
1. Delante de mi sagrario en la tempestad	69
2. [Datos autobiográficos]	70
3. [Reflexión]	83
4. De la nada al ser	84

5. Notas	89
6. Nota: En el pesebre. Mi consagración a Jesús Niño	95
7. Adoración en espíritu y en verdad	97
8. [Despedida]	98
9. [Carta a madre abadesa]	99
10. [Final de una carta]	101
11. Nota: De la vida de nuestro padre san Francisco	103

CUADERNO DECIMOCUARTO	105
1. Invocación	107
2. [A las madres del Consejo]	109
3. Súplica que hice en Asís junto al sepulcro del seráfico padre san Francisco en noviembre del año 1935	112
4. Fin de nuestra Congregación	114
5. Fin de nuestra vocación y espíritu de nuestras Constitucio- nes	116
6. Una noche en la cruz, abrazada a mi Cristo	122
7. [A las madres y hermanas]	123